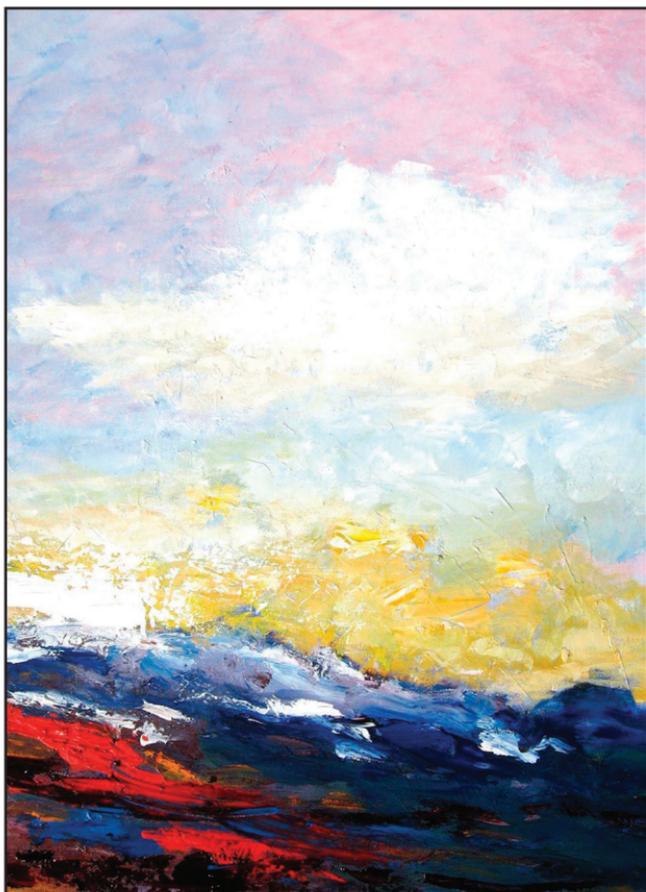


Rafael Bordao

EL POLVO DEL TORBELLINO

Prólogo de Louis Bourne



BETANIA



Rafael Bordao

Rafael Bordao

EL POLVO DEL TORBELLINO

Antología poética

Prólogo de Louis Bourne

editorial **BETANIA**

Colección BETANIA de Poesía

Colección BETANIA de Poesía
Dirigida por Felipe Lázaro

Portada: *Itineris* de Julio J. Bordas

© Rafael Bordao, 2023

Editorial Betania.
Apartado de Correos 50.767
Madrid 28080, España.

E-mail: editorialbetania@gmail.com
Blog EBETANIA: <https://ebetania.wordpress.com>
Facebook: Editorial Betania

ISBN: 978-84-8017-449-7.

El exiliado cubano en busca de su entelequia: *El polvo del torbellino* de RAFAEL BORDAO

Tuve el gusto de conocer a Rafael Bordao (nacido en la década del 50, La Habana) una tarde de junio de 1988 en Madrid en compañía de mi amigo y editor de mi poesía reunida, Felipe Lázaro. Me di cuenta en seguida que tenía un discurso denso de experiencias y asociaciones libres, toca la comunicación como un jazzista, improvisando, con un vocabulario rico, pero volviendo, como hace en su poesía, a los temas que le preocupa para producir un lirismo bien meditado y sugerente. Tal vez una persona que nazca en una isla tiene un sentido especial de su independencia, su tierra está rodeada de agua y si es un mar conectado con un océano, esa isla cultiva seres autosuficientes. Sin embargo, cuando su condición está alterada por un régimen autoritario como el de los hermanos Castro, y el discurso propagandístico de marxismo mal interpretado como comunismo dictatorial, nace una inclinación hacia una libertad que sólo se encuentra en otras partes, en el caso de Cuba, las costas de Florida, y la ciudad de Miami donde ahora vive. Para un librero joven lleno de aspiraciones y con una hija, las ataduras tradicionales no eran suficientes cuando llegó la oferta de Fidel, a todo cubano que no quería vivir con su sistema, la oportunidad de marcharse por el puerto de Mariel, o por cualquier otro medio de navegación a donde la embarcación y las olas le pudieran llevar (125.000 cubanos entre el 15 de abril y el 31 de octubre, 1980), en este caso, a un país grande cuya propia libertad a veces es una cuestión de luchar por ella. Y parar estudiar y desarrollar una carrera, ¿qué ciudad mejor que la más famosa por aceptar a tantos inmigrantes, con su estatua de libertad, aunque no siempre capaz de resolver la lucha para un puesto social libre de obligaciones, que minan la libertad personal, incluso en una democracia representativa e imperfecta? Así es la metrópolis de Nueva York.

Rafael se graduó con un doctorado de literatura en español de Columbia Teacher's College con su tesis sobre lo carnavalesco y otras ironías del narrador y poeta más renombrado del éxodo del Mariel, Reinaldo Arenas, en su poema largo, *Leprosorio* (trilogía poética, Betania, 1990). Dio Bordao clases en escuelas de enseñanza media y en universidades, luego fue inspector de escuelas, se casó de nuevo, tuvo otra hija, pero sus inquietudes le llevaron a separarse para vivir en Miami. La vida biográfica no es la vida interior, la espiritual, la que empuja a

una persona a sentirse como un viajero constante, buscando como un peregrino un hogar para el alma. Este tema del alma nos remite al poema “... de la sombra” (de *El libro de las interferencias*, 1995, pero en la última sección de esta antología) que comienza: “Traducir el alma / es observar la sombra [...]” para concluir con una estrofa entre paréntesis:

(Toda sombra es un cuerpo
fuera de su horma
que escapa hacia el infinito).

Aquí, parece que Bordao recuerda la idea romana de la sombra en literatura, “el sentido del espíritu o fantasma de una persona fallecida, que reside en el inframundo”, entre otras posibilidades mitológicas, el Hades que visitó Odiseo en la Odisea, el inframundo al que viajó Eneas en la Eneida. La sombra, entonces, es la condición futura del cuerpo en su muerte y viaje hacia lo eterno. “Vagan exangües, sin cuerpo y sin huesos, las sombras”, escribe Ovidio en *Las metamorfosis*. Después del entierro “con determinados rituales funerarios, el fallecido se transformaba en sombra, formando parte entonces de los manes, los dioses familiares de la muerte” [“Sombra (mitología)” Wikipedia].

No obstante, en el siglo XXI, la muerte puede ser la condición mortal y a consecuencia, trágica del hombre, su límite en la finitud. El título de esta antología da énfasis en sus años inquietos que el poeta pasó en la metrópolis de Nueva York con sus grandes acantilados de rascacielos que facilitan vientos gélidos y hostiles durante el invierno y representan el enajenamiento del hombre entre fachadas de hormigón y anónimos cristales. En el poema, “Vivisección de la Gran Manzana” del libro, *El lenguaje del ausente* (1998), una especie de disección anatómica del cuerpo urbano, para revelar una visión grotesca de sus imperfecciones, lo que el poeta traza como “la inexactitud de los hombres”, como si los seres humanos se encuentren al ser inexactos en sus conductas.

La Ciudad de Nueva York se divide en cinco distritos llamados “boroughs” (distritos), Manhattan, Brooklyn, Queens, el Bronx y Staten Island, pero es Manhattan, la sede del comercio y la bolsa, la isla con bloques en torres que alcanzan las alturas, la que inspira la ira, la fascinación y el enredo personal de Bordao, el poeta. La ciudad invernal sonsaca imágenes de decadencia y de cierta repugnancia como “sus falsos alicientes de saliva / desteñidos con la baba de las brujas / que deambulan con sus lánguidos ropones”, y éstas se conviertan “en fatídicas mortajas / con las que embelesan y estrangulan.” Lo que pudiera

haber sido un paseo nocturno del paseante se transforma en unos largos vestidos de unas mujeres que amenazan al yo lírico con la presencia de la muerte. A menudo aparece la muerte en varios poemas de García Lorca en su inquietante libro, *Poeta en Nueva York*, por ejemplo, en “Vaca”, este animal “de ceniza” sale “balando / por el derribo de los cielos yertos / donde meriendan muerte los borrachos.” Sean brujas o borrachos, ambos poetas confeccionan figuras que detraen de cualquier encanto que la urbe pudiera ofrecer.

En el poema de Bordaó “vivisección” a Nueva York, la nieve se convierte en “blancas expediciones” que “van cayendo” sobre los inexactos hombres, y la fauna que el poema describe asume rasgos humanos desfavorables: las palomas son “apenas unos chismes”, los cuervos, “los bufones del parque”, y las ardillas, criaturas positivas en otros poemas del cubano, aquí “parecen carnosidades/ que han nacido del susto y la consternación” y hasta “coágulos de sueños desdibujadas”. La emoción dirige el significado de los accesorios de la escena poética.

Al final, la vivisección de la ciudad demuestra la ambición del poema al preguntarse: “los hombres ¿Qué son?”, y responde el narrador: “perecederas pieles que transportan” sus apetitos y reminiscencias “entre profanos rascacielos” que

huyen tras sus borradas fisionomías
estremecidos por el vertiginoso torbellino
de la erotomanía y el dinero.

Así la lujuria y la avaricia son parte del torbellino de los seres humanos. Este vocablo, que en sus primeras dos acepciones son un “remolino de viento” y una “abundancia de cosas que ocurren a un mismo tiempo”, también tiene una tercera que implica a los humanos: “persona demasiado viva e inquieta y que actúa o habla atropellada y desordenadamente” (Diccionario de la lengua española, DLE, 2014). Tal vez el poeta sugiere que la ciudad espolea dos pecados mortales de las cuales ni siquiera el narrador lírico sea libre de adquirir.

En febrero de 2021, Rafael Bordaó consideraba como “*El polvo del peregrino*” hasta que lo descartó para “el torbellino”, ya que determinó que peregrino tiene demasiadas implicaciones religiosas. Sin embargo, “peregrino” en sus acepciones 1 y 2 se refieren a una persona que simplemente anda “por tierras extrañas” y después, una que va “a un santuario por devoción o por voto” (DLE), aunque en el caso de Rafael, el exilio presupone su estancia en tierras extrañas y cuál sería el santuario de su devoción o voto, a veces no queda más claro que el

infinito que le espera, habiendo dejado atrás el polvo de la tierra y el tiempo transcurrido.

El título que Bordao, a finales de febrero, 2021, ha decidido usar para esta colección es “*El polvo del torbellino*”, y este fenómeno de la naturaleza, un “remolino de viento” o incluso, en su segunda acepción, una “abundancia de cosas que ocurren a un mismo tiempo” (DLE), nos recuerda el poema inicial, “Distancia I”, de su primer poemario, *Proyectura* (1986). Dice que anda “entre esotéricos vendavales” y que deja “una moneda de horizonte”. Lo que deja es una violencia de vientos y actividades aglomeradas, a la vez que vislumbra una distancia en lontananza. Al final del poema, nos deja una hipérbole cósmica, declarando que trae “un itinerario ineluctable de cometa”. Se retrata una vida de trastorno, de confusión y de perturbación, a fuerza de construir una identidad en inquietudes fundacionales en busca de un rescate condicional, quizás aún ignoto. No en balde opinó el fallecido poeta cubano Ángel Cuadra (29 de agosto, 1931-13 de febrero, 2021, el primer presidente del PEN Club de Escritores Cubanos en el Exilio): “Dotado de fecunda imaginación y un vocabulario funcional, Bordao concilia lo más común y rasante, en un salto sin intermedio, con la trascendencia”.

“Distancia II” aclara algo la vida de velocidad y movimiento en el primer verso con la aliteración de la letra C: “En medio de coños y cañas hay una cuba de fábulas,” y si se refiere al sexo, el alcohol y un contenedor más bien grande de cuentos o historias, con un posible doble sentido de la Isla, el poeta colecciona una lista de nombres, “una nomenclatura envejeciendo/ y un esqueleto de efemérides abandonado”, unos acontecimientos o aniversarios de ellos pero en forma de “esqueleto”, que le ha dejado pero que no le abandona, tal es, que tiene que tomar un Valium para “cantar”, hacer música de su “entelequia”, en la primera acepción, “una cosa irreal”, pero tal vez en la segunda, una noción aristotélica de “un fin u objetivo de una actividad que la completa y la perfecciona” (DLE). Sin embargo, sus “ebulliciones” y “aniversarios” le deja con la insatisfacción del “hastío”. Mientras su “numen de saliva”, hasta “óptimo albedrío”, por sus “remos carcomidos/ por un mineral pletórico e inflamable” le “alejaron de un depósito de fimo” o “estiércol” (DLE), le da distancia de excremento, pero no sabe adónde va su “voz erecta” que “holla” (“pisa” o “abate” o “desprecia”, DLE) no le resuelve los “restos / de gargantas sonoras”. Le deja, quizá, solo con los sonos de incoherentes palabras, que ni le llegan a dejarle mensajes que significan.

Tal vez “Distancia VII” sirva para responder a la crisis que se encuentra en el poema II, ya que las “fábulas” anteriores ahora se

remedian con los sueños que le prestan “ojos inocentes”. Aunque se despierta con “un despojo vegetal a la deriva” y se encuentra rodeado de “verdes eructos de sapos” en una “playa de existencias fallecidas”, pese a que Bordao se regocija en un ambiente de flora y fauna litorales decadentes, esputando flemas como “dermis de conchas estranguladas” en una “atmósfera de cábalas”, o sea “conjeturas”, “intrigas” si no interpretaciones “místicas” de “la Biblia judía” (DLE), el poeta al final se arrima a un “santuario submarino” que incluye “caracoles erosionados” con sus personales “sueños asiduos”, siguiendo un consejo de Baudelaire, para nutrir “una periférica vigilia/ de rescate”. Con esta cadena de imágenes, uno llega a apreciar como el poeta cubano arma el argumento de un poema entero, a base de un catálogo de sugerencias relacionadas con el yo lírico sufriente e imaginativo. Cuanto más envolvente sea el lenguaje, mejor.

“Distancia VIII” nos da razones para dejar la Isla de Cuba como proyecto de preservación del narrador futuro. ¿Quiere usted vivir en un país de “escobas subyacentes”? Parece que hay mucho polvo y detrito que limpiar todavía, y si se encuentra “un imperio mudo de cigarras decapitadas”, suena un poco como si se hallara recuperado de las diez plagas de Egipto c. de 1400 a. e. c. Pensar “en barcos” prefigura el éxodo de Mariel y los “aullidos” se refieren a la represión del régimen de Castro, dentro de un contexto de “cadáveres enfáticos”, tal vez históricos, y “líricos muertos insepultos” pudiera englobar a poetas insignes cuyas palabras aún perduran, o simplemente a poetas que hayan perdido la inspiración y son los muertos vivos.

Es fascinante como Bordao introduce una serie concreta de “distancias” que tiene que ver con viajar porque *Proyectura* fue publicado seis años después del éxodo de Mariel y el poeta rememora ese viaje como una transformación de su vida que le persigue de tal manera que en *Escurriduras de la soledad* escribirá sobre distintas olas de ese viaje, diez enumeradas, diez de colores y once poemas de resacas, las tres secciones de aspectos del mar, “Oleaje”, “Marejada” “Mar de Fondo”. La imaginación en ambos libros brota de sistemas que detallan momentos recordados pero inventados del viaje. El modo de rumiar analíticamente ese viaje de Mariel de esos cubanos, tal vez distingue a Rafael de sus otros dos colegas poetas del mismo éxodo, pero en distintas embarcaciones, Reinaldo Arenas (Aguas Claras, Cuba, 1943—Ciudad de Nueva York, 1990) y Roberto Valero (Matanzas, Cuba, 1955—Washington, D.C., 23 de diciembre, 1994).

El poema siguiente, “Tanteo”, en un contexto de “sustos extensos” que quedan en sus “vísceras”, demuestra como Bordao puede

sacar provecho de vagos eventos vitales negativos, para remediar inquietudes que quiere abandonar como “un etéreo diluvio de temblores”, aunque solo sean con deseos reconocidos poéticamente. El alma pudiera sucumbir a una hucha, “alguna alcancía/ satisfecha”, el yo lírico pudiera sumar la “errática ternura” para que la infancia tuviera “simetría” y “un derretido/ monumento de impudores”, “derretido siendo ambiguo, disuelto o consumido, o enamorado (DLE). Parece que a la niñez del poeta le faltaba una ternura como apoyo constante, y su carencia le duele como una ausencia o una emoción incompleta. No obstante, el poema descansa sobre ensueños. Después de “Tanteo” viene “Oda al descubrimiento”, poema en tres estrofas (antes, Bordao solo presentó la primera con otro título) que trata del proceso de colonización de Hispanoamérica. Su tema es la llegada de los navíos españoles, de las “gaviotas salvajes” dando vueltas como “como escrituras de yeso/ sobre las aristas vegetales de América desnuda,” “helechos vestidos de sombra”, un idioma “mareado de tanto abolengo”, tal vez el lenguaje religioso, en vista de que “algunos decían hablarlo perfecto / comiendo pescado como un homicida” (ironía quizá de pobres extremeños que se hicieron conquistadores), ¿es un bagaje que trae la vieja España guerrera y asesina contra los moros?, en vista de que “la biblia era un grano de aurora dormida / en el vientre de secos barriles,” un grano quizá de un futuro dominador contra ¿una América desamparada?

Respecto a la estrofa primera (que antes fue la versión primera del poema), la escritora de cuentos, Concepción Lana, me comentó que ésta emplea retranca, “intención disimulada, oculta” (DLE). Bordao, con el título “Oda al descubrimiento,” se refiere a la exploración española de las Américas, pero “La Naturaleza en las naciones americanas” del profesor argentino Antonio Elio Brailovsky nos da una idea inequívoca sobre la importancia de ciertos metales (http://www.robertexto.com/archivo4/nat_nac_america.htm) que inspira la avaricia (“afán desmedido de poseer y adquirir riquezas para atesorarlas” DLE). Bajo el subtítulo “Lo único que importa es el oro y la plata”, explica Brailovsky: “La doctrina mercantilista identificaba los metales preciosos con la riqueza misma. En las colonias, los bloqueos al desarrollo van en paralelo con la actividad de extracción. De las colonias se saca, nunca se invierte en ellas.” Si la expresión de esta idea es un poco tajante, hay que recordar lo que dijo Colón en su primera carta (1493) y en la cuarta (1502) después de su primer viaje y su cuarto a las Indias. Dirigiéndose en la primera a Isabel de Castilla y a Fernando de Aragón, los Reyes Católicos, declara lo que dicen los indios taínos: “Otra isla hay, me aseguran mayor que la Española, en que las personas no tienen

ningún cabello. En ésta hay oro sin cuento, y de ésta y de las otras traigo conmigo indios para testimonio.” Concluye, afirmando que “pueden ver Sus Altezas que yo les daré oro cuanto hubiere menester, con muy poquita ayuda que Sus Altezas me darán [...]”. (<http://www.culturandalucia.com/Cartas%20de%20Cristobal%20Col%C3%B3n.htm> 15 julio 2022). En la tercera carta del cuarto viaje de 1502, Colón tiene toda una sección sobre el oro que afirma que hay en el lugar que denomina Veragua, la costa caribeña de su cuarto viaje, que incluye los actuales países de Nicaragua, Costa Rica y Panamá, hasta el Río Belén: “[...] el oro es excelentísimo, del oro se hace tesoro, y con él, quien le tiene hace cuanto quiere en el mundo, y llega a echar las ánimas al Paraíso. Los señores de aquellas tierras de la comarca de Veragua, cuando mueren entierran el oro que tienen con el cuerpo, así lo dicen [...]”. Hay una nota de fantasía y de cuantía del metal lustroso, que debe incluso pensar los Reyes que el italiano debe ser un maestro de hipérbole, exageración suprema. No obstante, no sabemos cuánto habrán exigido de su empleado que se concentrara en esta fuente de riqueza.

El poema de Bordao procede con sugerencias de augurios decadentes. Los navíos, aunque fueran contruidos de nuevo para los viajes, ya son “viejos” y “carcomidos” por la sal marina, los marineros tienen “sueños furiosos de menta”, las gaviotas son “salvajes” sobrevolando los filamentos ásperos, las aristas, de los granos de cereales de “América desnuda”. Y el poeta cubano exclama: “Todo era arboleda y agua viva [...]”. La idea de simbolizar la naturaleza de América como una arboleda, parece tener su origen en el primer poema enumerado del *Canto general* (1950), “Vegetaciones”, que explica las aristas de Bordao. El gran poeta chileno, Pablo Neruda, declara “América arboleda, / zarza salvaje entre los mares [...]”, y le interesa los tesoros de los distintos elementos de la naturaleza, mientras Bordao tiende a escribir el peso de la historia española en la conquista de nuevas tierras, desde un afán de dominio y explotación. Así las velas de los navíos tienen “viejos pulmones de oriflama”, ésta última originalmente siendo un “estandarte de la abadía de San Dionisio” usado por antiguos reyes franceses como “pendón guerrero” (DLE). El clímax de los marineros españoles viene en una descripción de un alba: “y en el horizonte colgaba como una naranja / o como una enigmática moneda / un ojo azufrado.” La naranja puede ser el sol, la moneda “enigmática” puede ser la avaricia de los reyes o de sus representantes, y el ojo “azufrado” puede representar un sol o el diablo asociado con este elemento, el fuego del infierno como sugiere Sra. Lana.

Las estrofas dos y tres son la reconciliación de los españoles con el dominio y la unión con los países dominados. Se refiere a

“aquella empírica eclosión”, esta última palabra siendo en su segunda excepción, “Med. Acción de abrirse el ovario para dar salida al óvulo” (DLE). ¿La consecuencia? “Los antiguos guerreros editaron memorias atrevidas” y “el cosmos ya no era soltero como el destino”. Hay una nota de crueldad del cristianismo al declarar “La cruz como un bisturí / comenzó el trasplante y la cisura por los senos”. Termina el texto dos “sobre la tierra aquel casto cuerpo resignado / expresaba un mensaje de ingenuidad y de Eros.” Se entiende que los españoles aprovecharon de las mujeres indígenas sexualmente, pero ellas expresaban su “mensaje de ingenuidad y de Eros”. El poema tres trae las consecuencias del poema dos: “América y España se fundieron / con una baqueta de estaño / y dos ceremonias de cazabe y vino” (baqueta: vara cilíndrica, generalmente de madera, para tocar un tambor; cazabe: torta de América, “con una harina sacada de la raíz de la mandioca” DLE). Los conflictos entre españoles y indígenas, “aquellas contiendas de corcel y espada / quedaron cautivas en lienzos enormes.” Aparte de lienzos, “en grandes arcas de conquistas / trajeron el alma de los españoles”. Y si dejaron el alma los españoles, su país, “España ya era madre y raíz / y América la más notable y audaz / de toda su prole”, su descendencia. El segundo libro de Rafael Bordao, *Acrobacia del abandono* (1988) nos ofrece la condición del hombre a la vez que presenta una clave, para el rescate de su persona espiritual. El contexto existencial está en el epígrafe del libro, tres versos del cubano José M. Heredia (31 de diciembre, 1803-7 de mayo, 1839), considerado por muchos el primer poeta romántico de Hispanoamérica.

En un epígrafe de una sección del libro de Bordao, Heredia nos confiesa un cierto día que “Nunca tanto sentí [...] / mi mísero aislamiento, mi abandono, / mi lamentable desamor.” Sin embargo, el poema tras las Distancias de *Proyectura* (1986), “Instrucciones para un joven poeta”, mientras lleva un epígrafe de Gabriel Celaya (Hernani, Guipúzcoa, 18 de marzo, 1911-Madrid, 18 de abril, 1991) que sigue la miseria de Heredia, Bordao, al declarar del vasco, “da miedo ser / un hombre consciente del lamento / que exhala cuanto existe”, en sus instrucciones al joven poeta, pone el énfasis en tomar “el pulso de cada cosa” y “llevar siempre consigo una lupa”, saber la temperatura de las cosas y observarlas muy de cerca para defenderse “contra espíritus sospechosos” y sólo cantar después y no tan alto. Recomienda ser un cauteloso en el mismo acto de vivir, hasta “auscultado el sonido de las emociones”, ya que la vida implica guardar las distancias de circunstancias engañosas. Es un consejo de sobrevivir hasta incluso el sentido del abandono y el lamento personal.

Si Bordao sintió el aislamiento inicial de exiliarse en los Estados Unidos, en tres poemas de su segundo libro, *Acrobacia del abandono* (1988), nos revela su rescate parcial por tres representantes de la madre naturaleza: las hojas de un árbol caducifolio, los peces de un laguito de una universidad, y las ardillas del Parque Unión Square de Manhattan. En su “Himno al follaje”, el poeta se encuentra “conjurando mi alegría”, no la miseria de Heredia, y al encontrarse mirando a las hojas y “colmando de higiene vegetal mis dolores”, expresa, no su desamor como Heredia, sino lo opuesto: “yo las amo”, y es esta empatía bordaoiana la que le permite conectarse e identificarse con su hermosa muerte, “quiero sangrar mi honor de clorofila”, y duplicar su trayectoria humana con la caída de ellas, “absueltas y depuradas.”

Los peces en el laguito universitario se “atiborran de fábulas y conmemoraciones” y “se envilecen de una sabiduría errátil”, no precisamente una miseria antes de su fin, y las ardillas del siguiente poema, con su energía de saltos, “dejan (íntegro) su amor / en el césped.” Hojas, peces y ardillas dejan unos signos educativos desde una naturaleza paralela y para el ser humano.

Escurriduras de la soledad fue publicado en 1995 y después en 2008 en edición bilingüe (Obsidiana Press, versión inglesa de L. Bourne). Bajo un título distinto, el libro ganó la Primera Mención de Honor en el Concurso Internacional de Literatura en Miami, Florida, apoyado por la Asociación de Críticos y Comentaristas de Arte. Bajo la sección una de cuatro, “Oleaje”, ofrece diez olas; la segunda, la de “Marejada”, presenta diez olas de distintos colores: azul, blanca, rosada, verde, gris, amarilla, roja, violeta, carmelita y negra; la tercera, la del “Mar de Fondo”, concluye con once resacas de esta expansión del agua marina. La última sección del libro, con el mismo título del poemario, consiste de siete poemas enumerados que resumen la trayectoria del viaje del Mariel hasta Florida. En “Ola Uno” (no en esta selección) de la primera sección, “Oleaje”, el poeta invoca a la ola misma cuando exclama: “Ola retórica de agua”, astuta observación porque una ola es precisamente la retórica acuática, porque aspira a ser algo “vacuo, falto de contenido” (DLE, “retórico”, 3.) y representa la ruptura en sonido al suicidarse “en los umbrales/ de tu propia elocuencia”. En “Ola Dos”, Bordao el exiliado en pleno mar se encuentra “bajo la muda navegación de su alma”, el espíritu que acompaña al cuerpo mientras “el viajero mira los peces” y ya en “Ola Tres” se encuentra “en lo más abierto”, se identifica con “un pez más del mar último” persiguiendo “su inaprensible cambio”. El vínculo de la navegación del alma con el viajero observador nos recuerda el tópico del “homo viator”, el hombre

viajero o el “peregrinatio vitae” o la peregrinación de la vida que, en la Edad Media, se encuentra en Gonzalo de Berceo (c. 1196 – c. 1264). En la introducción de *Los milagros de Nuestra Señora* (c. 1260), en la estrofa de cuaderna vía 17, termina: “todos somos romeos que camino andamos, / San Peidro lo diz esto, por él vos lo probamos”. Pero si los romeros de entonces tenían un camino que pudiera dar con la bienaventuranza, en la estrofa 18, encontramos “la nuestra romería estonz acabamos/ quando a Paraíso las almas enviamos” (cervantesvirtual.com). Sin embargo, cuando llegamos a Antonio Machado de “Proverbios y cantares” XXIX, el propio viajero es el que hace su camino: “Caminante, no hay camino, /se hace camino al andar” y dos versos finales, “Caminante, no hay camino/ sino estelas en el mar”, no indica un camino hacia el “Paraíso” sino un surco evanescente marítimo y una responsabilidad individual por el camino hecho. Bordao vuelve a hablar de su alma en “Resaca (3)” de “Mar de Fondo”. Recordamos que las fuerzas de las olas tienen que tener su acompañante resaca, la fuerza y la contra fuerza de las aguas marinas, cuando el poeta se pregunta: “¿Adónde habrá de ir su alma sin un bote?”

En “Ola violeta” de “Marejada”, la voz poética irónicamente exige a la ola que haga sufrir al exiliado, “vierte todas tus cuitas,/ encima de su valentía”; en “Ola negra” también de “Marejada”, el imperativo es “Voltea, ola, tu inmarchitable/ corazón nervioso” hasta que “las tablas del infausto bote” y sus “fobias” queden “vencidas por la insonoridad/ de los gritos” de los ahogados, pero en “Resaca (2)” de “Mar de Fondo”, se cambia el mando a un mensaje salvador: “Agua/ arrima su cuerpo de salitre/ a las riberas serenas del mundo” o en un contexto más humillante: “Lánzalo como una espina de pescado / desde tu sufrimiento de marea,/ al lugar más triste de la orilla (...)”. Así “Resaca (3)” de “Mar de Fondo” dispone de la ironía de ofrecer “su ajada travesía”, su “ruta (...) de cruces” y “el estropicio de (...) sus salvoconductos” a “voraces escualos” mientras guarda la verdad sencilla: “Ha sobrevivido a fuerza de salmos/ en tu necedad y megalomanía”. Los salmos tradicionales, dicen la Biblia Zondervan, son elogios, tehillim en hebreo, pero muchos son plegarias, tephillot, y nos recuerdan que uno de los dos epígrafes a la sección “Eскурriduras de la soledad”, del libro del mismo título, cita Salmo 77: “Por entre el mar hiciste una senda, / abriste camino por entre las aguas inmensas”, un recuerdo de Yahveh que partió las aguas del Mar Rojo para dejar pasar a los israelitas. En “Resaca (3)”, el yo lírico personifica aquella fuerza, y por implicación acusa al mar de “necedad y megalomanía”, como si reprochara a un enemigo a quien logró burlar.

Sobel, me dijo Rafael, es su alter ego, ese interlocutor interior de los escritores. Así en el poema “Uno” de la cuarta sección, “*Escurriduras de la Soledad*”, el narrador recuerda a Sobel que él está “encaramado en el vértice de todos” sus “ancestros” y su alma está desbordada “en cada milla de la travesía”, la que ya no solo es la distancia entre Mariel y el Estado de Florida, sino posiblemente la de la vida misma como la travesía de todos los días, y “el abandono te cobija”, a Sobel, y a Rafael de su *Acrobacia del abandono*, la paradoja de fortalecerse en el acto de renunciar a la aislada tierra de su origen.

El poema “Tres” de *Escurriduras de la Soledad* le aconseja a Sobel que “escucha la voz del cielo”, que “festeja tus conmemoraciones sin angina”, y como un “anacoreta”, hombre solitario dedicado a la contemplación y la penitencia, “reza tus salmos”, nos dice, “porque el mundo es un escombros iridiscente/ que se debate entre calladas siluetas”. La idea del mundo como un escombros nos indica que la perspectiva dominante de Rafael Borda, es la de un deshecho de un edificio derribado, la de un mundo de pocas alegrías, de circunstancias degenerativas, de una degradación que espera al ser humano. Aunque aconseja a Sobel en “Siete” de *Escurriduras de la Soledad* que no renuncie “al sueño”, esta visión redimida da salida a menudo a tres libros posteriores de esta antología a la sátira y a la parodia, aunque al final, ofrece un soplo de esperanza de una generación más joven. Mientras tanto, para terminar el libro, en el poema “Senda de agua”, el yo lírico de Sobel se contrasta con la dura realidad de un viaje peligroso que deja al narrador concreto “cianótico”, siendo cianosis “coloración azul y alguna vez negruzca o lívida de la piel, debida a trastornos circulatorios” (DLE), el cuerpo trastornado por la circulación de un paso por múltiples olas en un barco precario con pasajeros ignotos, alguno, criminal de la cárcel. El “casi ahogado” se siente casi “atún sudado” para hallar que “la eternidad” del mar se convierte en la inmediatez de “las costas” y su nueva vida de “adolescente” se encuentra en tierra ajena, paradójicamente “desterrado” con “huesos verdes”, con su madre a más de dos mil kilómetros hacia el norte en la desconocida ciudad de Nueva York.

El libro que sigue, *El lenguaje del ausente*, es de 1998 y tiene algunos poemas importantes en su crítica, pero empieza con textos de sus comienzos al llegar a Nueva York. “Días como éstos”, por ejemplo, de 1983, resume temas esenciales de sus primeras impresiones. Importa mucho que, si en el bote guardaba salmos como plegarias, ahora vuelve a ese impulso del rezo, declarando que su “vieja oración sin alas” trepa “los rascacielos fríos” mientras “la patria fluye / como un desbordamiento misterioso”, memorias enajenantes en un contexto de la metrópolis.

Como Nueva York no tiene tanta fauna evidente en sus altos edificios, Bordaó contempla dos figuras que molestan la existencia cotidiana de los seres humanos, confinados en cuadros de múltiples formas y espacios reducidos: la cucaracha en este libro y las moscas en un poema de cuatro de un libro de 1995, el de las interferencias, el que termina esta antología de la poesía bordaoiana porque las interferencias son elementos, que son trabas constantes que se interponen entre la vida humana. La “Fábula de la cucaracha” nota el nerviosismo de estos insectos, sus prisas repentinas se comparan con “beodos delirantes” y están “plagadas” entre otras cosas “de un insolente despilfarro de locura”, más bien la urgencia de escapar de un habitante de la residencia consternado o conmocionado por su presencia.

Bordaó humaniza a estos bichos con las actitudes de la gente, atribuyéndoles “la culpa” que “les fustiga”, acusándoles de un delito, o son “espías” porque exploran toda una casa, la cocina, sobre todo, o son “obscenas” por dejar sus defecaciones por doquier y se mezclan entre los restos de comida humana. La hembra de la cucaracha alemana puede vivir hasta 30 semanas, la americana, un año o año y medio, pero el otro insecto que Bordaó describe, la mosca, aunque sólo dura un poco más de tres semanas, tiene un contexto triunfal para el poeta cubano, como veremos más adelante. Conviene subrayar que, aparte del comentado “Vivisección de la Gran Manzana”, un poema como “Escombros de la noche” nos presenta el exiliado del barco como un hombre atrapado en sus memorias y deambulando “por las impuras calles de las urbes”, poetizando a solas “entre los hombres, / extasiados de vivir en el limbo/ sin más patria que el olvido, [...]” mientras él busca “entre los escombros de la noche/ la identidad y el recuerdo” paradójicamente entre los altos muros de los edificios. Zarpas de la Isla de su origen es iniciar una búsqueda existencial de su contexto espiritual en un viaje aún incompleto, así declara: “Oh bienaventurados // los que buscan en el confín del orbe / la pulsación del infinito”, el tema de “lo más común” que tropieza con “la trascendencia” notada por Ángel Cuadra. Y el poeta se siente que son

los filamentos del alma que se pudre
entre el polimorfo vulgo,
emboscados por una mixta soledad
de inequívoco desamparo,

y parecen que los rostros del gentío “se confunden/ con las mercancías del mundo”, la dimensión de la multitud “se confunden/ con las mercancías del mundo”, se cosifica al Otro repetido, al habitante urbano.

La selección de *El lenguaje del ausente* termina con el poema, “Tres muchachas para nadie”. Este poema fue escrito en Cobble Hill, una vecindad de Brooklyn venida a más con precios altos de las viviendas, porque son alojamientos en chalés adobados de “brownstone”, la piedra arenisca parda rojiza típica del periodo entre 1850 y 1900, la ilusión de un pueblo con variedad de restaurantes y tiendas para la clase media alta, acomodada. Las tres muchachas son hijas de Cobble Hill y en las dos estrofas es “el aire” mismo en el primer verso de cada una el que inicia su manipulación, “las manosea” y después “las inquieta” y en ambos casos, se desarrolla su transformación satírica en posibles decadentes, y que “las infla de vanidades y deseos” y hasta “les desata los instintos” para decorarse ante el espejo para que se sientan vivas. En la segunda estrofa, el aire tiene “furor clandestino”, “suavidad de medusa” y casi “voluptuoso disimulo” para vandalizarlas y entre sombras grandes una luz “derrama sus podridos sesos” sin mancharlas ni desflorarlas, pero para dejarlas expuestas al “juego” y a “la perversidad”. Esencialmente se trata de la tentación de un ambiente alrededor para corromperse moralmente. Casi parece que el yo lírico se fascina con la mocedad inculta de las jóvenes como fuente del vicio, expuestas a una sociedad de superficialidades.

Los poemas de *Propinas para la libertad* (1998), más que propinas para tener más libertad, nos indica las trabas que constantemente atacan la libertad añorada. También reafirma que la embarcación de dejar la vida controlada por un sistema político represor y someterse al riesgo de una embarcación a otro país y circunstancias ajenas a su crianza es el motor de su poesía. Es una condición de “desterrado” como dice el poema “Estratos del horizonte” que le impulsa hacia “el mar” que “era un rostro humano” con el contenido de “la sanguínea espera” con “sueños amorfos” dando a “grietas donde la libertad/ intercambia su memorable insomnio”, una libertad no segura sino inquieta. Por eso, en “Órbita de un sobreviviente”, la llegada de la embarcación de Mariel no es tanto hacia una nueva vida como hacia “una orilla deshabitada y silenciosa” que no conoce “el rescate” porque que queda

sepultado por endémicas y enfurecidas moscas
que anuncia su consagración imaginaria
allí donde el fugitivo se detiene.

Aquí están estas moscas existenciales que aparecen como un deterioro de “un escombros anónimo del sueño” para fastidiar “al desterrado” ahora entendido como un “fugitivo” más que un pionero de

novedades con “la imprecisión de la tristeza”. Tal vez mudarse de una tierra a otra, de un sistema social a otro, nos deja con expectativas incompletas o incluso algo frustradas. El siguiente poema, “Instante de la lentitud”, confirma que “partir” es “dejar atrás lo que fuimos un día” y el yo lírico que busca “la incandescencia de la luz” tropieza con otro bicho, “emboscado por clandestinos ciempiés” que dejan sus “simultáneas misas/ en el monasterio” del corazón del poeta. El mundo de los insectos asuma un papel simbólico para representar el paso hacia el futuro como algo menos de lo que pudiéramos esperar. Tal vez el ser humano esté condenado a vivir con los años venideros de su vejez o de un viaje hacia un fin sin un puerto seguro. Por eso el siguiente poema nos deja elegir entre “Dormir y Despertar”, no la ontología del ser o del no ser de Hamlet, mientras vivimos con las dos, la inconciencia y la conciencia de lo real. Finalmente, el docto poema final de la selección de Propinas para la libertad, “Eutanasia contra la monotonía”, presenta a los gusanos del cadáver del ser humano enterrado como parte de una tradición poética que arranca desde varios poetas del Renacimiento, Lope de Vega, Luis Gálvez de Montalvo, y unos 23 poemas con gusano de otros poetas en español, hasta un poema de Lorca que sirve de epígrafe al poema de Bordaó. Rafael me pasó unos cuantos por correo el 1 de febrero, 2022.

Dos URL, <https://www.buscapalabra.com/poemas.html?palabras=gusano&cortos=no#resultados> y <https://www.buscapalabra.com/poemas.html?palabras=gusanos&cortos=no#resultados>, con la palabra singular y plural, son fuentes del tema (¡entreténganse, lectores!).

Lope de Vega, “Si culpa, el concebir; nacer tormento” (“si después de hombre, tierra y vil gusano, / si después de gusano, polvo y viento;”) sea una mirada tradicional de la criatura, porque varios poetas usan la adjetivación “vil”: Salvador Díaz Mirón (“A tí”: “¡y resulto en mi prez un vil gusano/ que a un astro empina la bestial cabeza!), Miguel de Unamuno (“El fin de la vida”: “y en el trascurso de un ocaso rojo/ la enterró vil gusano. De su hechizo”), Quevedo se demuestra más amoroso (“las tres musas últimas castellanas 91”: “Tierra te cubre en mí, de tierra hecho;/ la conciencia me sirve de gusano;/ mármol para cubrirte da mi pecho”), y Lorca, en “Ritmo de otoño” (*Libro de poemas*, 1921), da voces vivas a distintos elementos de la naturaleza: el viento, que no sabe “su fin ni destino”; los gusanos, de la tierra, no de cadáveres, tristes porque su “ideal no llega a las estrellas”, y “el polvo del camino”, que responde a los gusanos que ellos son “dichosos”, no tristes, porque tienen “justa conciencia de vosotros mismos/ y formas y pasiones/ y hogares encendidos”. Bordaó sólo cita esta visión risueña de los gusanos

de Lorca dado por el polvo del camino porque va a negar, a través del “corazón” del narrador, que escucha cómo “los álamos del río” declaran que “el azul simbólicamente “el cielo”] es imposible” de alcanzar, luego dicen que el azul es de las águilas, pero un águila a distancia dice que no es de él, sino de las estrellas y éstas revelan que es “escindido” para ellas y finalmente “la negra distancia revela que “el azul lo tiene la esperanza en su recinto”.

En este momento, la esperanza aclara que los corazones “me inventasteis”, y el propio “corazón” del narrador exclama: “¡Dios mío!” para preguntarse: “¿Quién es Dios mío?”, o sea dudar de la existencia del Ser Supremo, del Creador y de la inmortalidad de los seres humanos, ya que la esperanza está vinculada con la bienaventuranza, “vista y posesión de Dios en el cielo” (DLE). Para no negar esta posibilidad, el “yo” narrador apela al “azul de mí mismo” para “que me ponga en las manos la gran llave / que fuerce el infinito”, para que quede “sin terror y sin miedo ante la muerte [...]”. El infinito aquí se entiende como un recinto sin fin que permita o posiblemente prometa, una cierta inmortalidad a la colectividad de los corazones humanos. Esta idea del infinito lorquiano es fundamental en la poesía de Rafael Bordaó, porque lo hemos visto ya en dos ocasiones: el “de la sombra” del *El libro de las interferencias*, la idea que “Toda sombra es un cuerpo / fuera de su horma”, o sea, fuera de su molde o cuerpo vivo, “que escapa hacia el infinito” (“que no tiene ni puede tener fin ni término”, DLE) o quizá hacia lo eterno (“que no tiene principio ni fin”, DLE); y en “Escombros de la noche”, referente a los bienaventurados, “los que deambulan “por las impuras calles de las urbes”, y luego a los bienaventurados que “buscan en el confín del orbe/ la pulsación del infinito [...]”, siendo una pulsación en su tercera acepción “cada uno de los latidos que produce la sangre en sus arterias” (DLE), un movimiento vital. El viento que habla en el texto del granadino se declara “sangre del infinito”.

Otras posibles coincidencias se encuentran entre el poema “Ritmo de otoño” de Lorca y “Eutanasia contra la monotonía” de Bordaó. El polvo del camino, tal vez contrastándose con los gusanos que tienen para él “hogares encendidos”, después confiesa, “Yo en el sol me disuelvo/ siguiendo el peregrino [...]”, siendo peregrino o 1. “persona que anda por tierras extrañas o 2. persona que por devoción o por voto va a visitar un santuario [...]” (DLE). Los gusanos corporales de Bordaó, en cambio, son “obstinados en peregrinar por el mundo / con su hambrienta irreligión”, están motivados por su hambre pura y no por su lamento de perder la virtud teológica de la esperanza. El poema de Rafael comienza con la ironía de definir a los gusanos como “siempre

finalistas”, tal vez de tejido blando de los seres humanos, pero en su ciclo de vida son larvas de dípteros, como las moscas.

Los descosidos labios del silencio (2002) incluye seis poemas más extensos que otros en esta antología, El polvo del torbellino, incluso tres poemas galardonados. El primer poema, el que da título al libro, está dedicado al director de la tesis doctoral de Bordao, el profesor Mordecai Rubín. Parece una especie de alegoría de unos navegantes que pierden su ruta cuando están en unas islas por el encanto, ya no de Circe, sino de la bebida del vino y la fornicación, se hunden al final en la soledad de un “infinito horizonte”, hasta hacerse “invisibles/ entre los descosidos labios del silencio.” El poema escrito en Manhattan es una referencia quizá a la fortuna de los “deportados” cubanos que optaron por salir por el puerto de Mariel, la oferta de Fidel Castro a todos los que no estuvieran contentos con vivir bajo su régimen. La isla de Circe, Eea, se metamorfosea no en Cuba, que sería la isla de Ítaca, sino en Manhattan, la isla de la ciudad de Nueva York. Al quedarse “invisibles/ entre los descosidos labios del silencio”, quedan atrapados en la paradoja de labios que han sido cosidos antes, pero no por ser descosidos sean menos que “labios del silencio”.

El poema “Residuo” siembra una serie de imágenes sobre contextos humanos que después resume con el protagonismo de la mosca como la encarnación de la decadencia de la vida humana. Empieza el poema con lo que hay “detrás de todo lo inconexo”, el fallo de conectarse con varias cosas, la “agitación de los dioses”, “el sarro de los oficinistas”, “el hastío de los calvos”, hasta “lo inconfesable de lo fofo” y es esta cadena y en este contexto, “allí donde mareaba el atavismo”, la pervivencia de “ideas y formas de vida propias de los antepasados” (DLE), y donde la prole da un pretexto “del temblor viril de la amargura”, y en aposición se coloca “aquella mosca intrusa que nos robaba el tiempo” y rompe “la intimidad serena de los enamorados”. ¿Cómo puede una mosca robarnos el tiempo, romper la intimidad de los enamorados y luego quedar “invicta y errante”? No lo puede conseguir salvo por ser una metáfora de lo que nos lleva a ir a menos en la vida misma, la ruina que existe en todo lo que vive, el Dasein, “el ser ahí” o el límite, el ser-para-la-muerte, del filósofo alemán, Martín Heidegger (1889-1976) descrito en su libro, *Sein und Zeit* (1927, *El Ser y la Nada*). Pese a su breve vida, la mosca es invicta en cuanto que representa la mosca-muerte, un insecto molesto que nos recuerda una noche del fin...

En este contexto, Rafael comienza a acercarse a lo catastrófico. Toma como sujeto algo familiar, “nadie en la familia”, para después referirse a lo que no alcanzan, “aquella combustión pulimentada”, un

“forro cuyo espíritu [...] / dejaba la postilla de los escalofríos, / sobre la musa eréctil del olvido”. ¿Por qué iba tal familiar a dejar su costra de miedo sobre la musa del olvido? Porque Bordao a menudo imagina situaciones de límite, y el olvido es uno de ellos. Y se vincula con “la inquietud del mar” que el dios del mar, Neptuno, une con “el silencio tupido del desterrado”. A este efecto, vale la observación de Dr. Odón Betanzos Palacios, de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, en su escueta introducción de un párrafo a *Escurriduras de la Soledad* (1995, 2008): “Rafael es de aguas inquietas y saltarinas, reflejo así de dos opuestos: su natural simpatía y su traumatizado vivir”. El mar picado de su travesía de las olas entre Mariel y el Estado de Florida llegan a ser una referencia determinante en la poesía del cubano. Por eso, “la palabra” que va a describir una “insumisa y atormentada madre” en la estrofa final del poema, “El residuo”, es un “ferrocarril descarrilado”, la madre queda “tras un género de hombres/ que heredaban el penúltimo grito” y allí quedará más tarde su defecto moral: “la semilla del pecado”. Son ejemplos creativos del trauma en la vida personal del escritor.

“El robo de la libertad” es un poema sobre la Estatua de la Libertad que fue un regalo en 1886 del pueblo francés al pueblo estadounidense, en conmemoración del centenario de la Declaración de la Independencia de 1776. Auguste Bartoldi fue el escultor, el ingeniero Gustave Eiffel diseñó la estructura interna. Con el paso de los años, la libertad evolucionó desde la libertad de los negros estadounidenses hasta la esperanza de una mejor vida económica, para muchos inmigrantes europeos que escaparon de situaciones de carencia o de prejuicios de sus países de origen y vieron la estatua en la entrada del puerto de Nueva York. El poeta chileno, Nicanor Parra, siempre contra lo altisonante en el lirismo, escribió en uno de sus breves dictámenes del libro *Artefactos* (Santiago, Chile: Universidad Católica, 1972): “USA/ donde la libertad/ es una estatua” (“Artefactos, obra de Nicanor Parra”, Wikipedia), un año antes de que la CIA apoyara el golpe de estado de Pinochet contra el gobierno socialista de Salvador Allende.

Bordao no toma una postura política sino psicológica decadente respecto al monumento de los franceses. En su memorable comienzo, “El robo de la libertad” introduce el sueño como medio de aligerar una isla urbana: “De noche / Manhattan no pesa nada,” pero lo que sorprende es el siguiente verso: “los desamparados la desatan / y se la llevan de fianza a la locura” con el resultado de falsearla y desangrarla “con vengativa impiedad”. No sabemos quiénes son los desamparados, pero quizá simplemente todas las personas que sienten resentimiento por una

estatua que representa un valor que ellos no han podido encontrar en sus desgraciadas vidas, los abandonados que agarran lo que sea para mantenerse sin los vínculos sociales o familiares anteriores. Seguramente Bordaio mismo se sintió desamparado por tener que dejar de joven a una madre y una hija en La Habana, para embarcar con una mezcla de gente hacia un destino ignoto en otro país con otra lengua y distinta cultura, así su vuelta frecuente a este tema como resolución.

¿Por qué no otro grupo que haya podido soñar con la libertad como un valor realizable? Inútil pregunta. La imaginación bordaioiana tiende a sumergirse en las posibilidades del fracaso de la empresa individual y así explora la precariedad de la existencia como aventura inestable. Así “El robo de la Libertad” comienza con una negatividad, lo que no ocurre, “Y nadie se despierta en medio del sueño” para concebir lo peor:

para ver el destierro, el desahucio,
el tráfico de órganos corpóreos,
el robo de nuestros propios cuerpos
lanzados sobre el vientre de las calles [...]

Este robo precede a otro por un fallo moral que “la dama de la antorcha” no puede desalojar “de las camas a los ingratos / que desestimaron la ruta del amor” con el resultado que “se quedaron ciegos para siempre / con la nube primigenia del vacío” y la incapacidad de hacer algo “contra el robo/ la perversidad y el crimen” ni tampoco puedan evitar que “le hurten los sesos a La Estatua” y echan sus ojos a los roedores mientras quedan “amarrados al fantasma de sus malicias” frente a la buena suerte, “la fortuna indisputable de las moscas”, la degradación final.

El Directorio Cubano declara que “algunos recuerdan que el 28 de diciembre de 1932 el Capitolio y las zonas aledañas al Parque Central, en la capital cubana amanecieron cubiertas de una fina capa del hielo.” Fotos aparecieron en la revista *Carteles* en el primer número de 1933 con la evidencia de una ligera nevada que fue atestiguado por los Observatorios Nacional y de Belén. Así el poema “Corona del Desterrado” comienza sus tres estrofas con la doble declaración de la caída de la nieve, tan rara para un poeta cubano de la Isla rodeada por las aguas cálidas del Mar Caribe: “Nieva, está nevando [...]”. Al citar a Javier García Sánchez, “La nieve es algo humano”, le deja a la nieve con sus intenciones malévolas un papel de espoliador de la esperanza entre los seres humanos. De repente, las manos de los recipientes de la nieve encuentran sus “fibrosas expresiones” como quebrantadas, la

nieve “voluptuosa” adquiere un “entendimiento de la sangre”, deja “lo más frío” y “pequeño” en “la memoria” para apagar “las brasas ... del espíritu” bajo un “alumbramiento”, evidentemente, no de iluminación sino de sorpresa desagradable, una luz blanca y negativa. La segunda estrofa, se concreta la caída “como si ya nada se opusiera/ a la caída, al desamparo”, situación y vocablo fundacional del exiliado para la poesía de Bordaó. Al vincular la caída con el desamparo, recordamos que fueron “los desamparados” los que llevan la isla de Manhattan a la locura en “El robo de la Libertad” y el “inequívoco desamparo” de “Escombros de la noche” (El lenguaje del ausente [1998]). En todo caso, el exiliado desamparado experimenta los ritos funerarios de lo que hace ruido, especialmente sus quejas o violentas protestas. La tercera estrofa de “Corona del desterrado” indica que la nieve cae “al otro lado de mi incendio”, su vigor y energía, donde el silencio se flagela, y roba hasta el último hueso la capacidad de atacar la tristeza, finalmente dejando al hombre el álgido momento de un orgasmo, el extremo del amor físico, “un exceso de chispas”, parte de su fuego, se reduce a una “combustión” apagada de la emoción suprema muerta en su consciencia.

Los cañones de las calles de Manhattan entre los altos edificios, rascacielos frecuentes, asume un aire misterioso y a veces siniestro de noche. Dos poemas, “El robo de la libertad” y “Escombros de la noche”, son retratos nocturnos de los desamparados, y “Corona del desterrado” describe una nevada “como si nada se opusiera / a la caída, al desamparo [...]”. Vale la pena comparar este contexto de las calles de Manhattan de Bordaó con el poema del gran poeta modernista, Rubén Darío, “La gran cosmópolis” subtítulo “(Meditaciones de la madrugada)” y situado también en un contexto callejero neoyorquino. La primera estrofa comienza con el contexto:

Casas de cincuenta pisos,
servidumbre de color,
millones de circuncisos,
máquinas, diarios, avisos
¡y dolor, dolor, dolor!

O sea, entre rascacielos, hay negros y judíos (aunque H. O'Donnell (Abril 2001) calcula que, en los Estados Unidos, 30% de chicos en 1900, 55% en 1925, tuvieron la operación, Wikipedia, “History of circumcision”), minorías que tal vez sufrieron, y las máquinas, periódicos y avisos causaron ansiedad y dolores de cabeza por lo menos, en un ambiente de una sociedad padeciendo la época industrial. En

la segunda estrofa el nicaragüense, sin embargo, establece un contraste entre los ricos y los pobres, entre unos “hombres fuentes” que “multiplican simientes” con su “fragor”, pero tras el esplendor de los escaparates de los comercios de “la Quinta Avenida”, Rubén encuentra la Miseria “vestida... / con dolor, dolor, dolor...!” En la tercera estrofa, contrasta la victoria de “la riqueza y el amor” en el Hotel Waldorf Astoria, pero al lado del río hay los que mueren de frío y el dolor repetido. El poema dariano, en la cuarta estrofa, introduce los millonarios que gastan su dinero, pero contrasta “los Calvarios” que tiene que andar el pobre a quien “Dios inclina/ y da amor, amor y amor”. Aunque este Dios social del yanqui “se acomoda / toda fe” del extranjero que acepta también al Tío Samuel (figura del gobierno de los EE.UU., y en 1914, más bien para reclutar jóvenes para servicio social o militar), y después Rubén presenta a los niños que se acercan al “anciano Santa Claus” para asegurarse “en todo existe Dios”, pese a que, hacia el final de su vida, expresó una actitud agnóstica referente al Ser Supremo en su “Canción de otoño a la entrada del invierno”: “A ti, Fuerza Desconocida, / quisiera consagrar mi vida, / si algo de ti dejaras ver [...]”.

Sin embargo, cuando llegamos al narrador y observador exiliado del yo lírico de Bordao, especialmente en “Escombros de la noche”, vemos una cierta ironía en los “bienaventurados” emboscados por una “soledad/ de inequívoco desamparo” ya que, si son “bienaventurados”, y no en la segunda acepción de “afortunados” sino en la primera de la persona “que goza de Dios en el cielo” (DLE), no tendrían que buscar “en el confín del orbe/ la pulsación del infinito [...]”, salvo si se interpreta al infinito como atributo de Dios, pero Bordao probablemente prefiere la polisemia de la primera acepción de “infinito”: “Que no tiene ni puede tener fin ni término” (DLE), ya que amplía bastante el campo semántico e invita al lector a hundirse en un océano de posibilidades y le condena a contemplar su propio destino allende la muerte. No cabe duda que Rafael se identifica con los ambulantes nocturnos de “las impuras calles de las urbes” porque andan o caminan “sin dirección determinada” (DLE) y porque él también se queda sin patria clara, aunque no está como ellos “sin más patria que el olvido”.

“Los ahogados del golfo”, poema escrito en 1990, una década después de su llegada a Florida, se centra en todos los que embarcaron por Mariel o por cualquier otra orilla del mar para nunca llegar a puerto. Éstos son también “desamparados” pero con su destino decidido y mortal “en un silencio inmundado”, una sociedad solo imaginada en la que son un banquete para los peces, sus ojos sangrientos de “memorias” como si sus órganos oculares pudieran reflejar su banco cerebral de

experiencias y su estómago pudieran digerir “la esperanza” que era su motivo por escapar y el hundimiento que encerró sus últimos y agónicos pensamientos de sus muertes inmediatas, el miedo que quizá todos los que salieron del puerto sentían durante tan incierta travesía, el bagaje que los vivos tienen que aguantar como sobrevivientes.

Manhattan está rodeado por tres ríos, el Hudson al oeste, un río importante porque inspiró al pintor Thomas Cole (1801-1848) a fundar la Escuela del Valle del Río Hudson (cuadros de él y de Frederick Edwin Church, Asher Durand, Albert Bierstadt y otros en el Museo Thyssen-Bornemisza, Madrid); el Río Este, más bien una ría; y el Río Harlem al noreste, un breve estrecho que separa Manhattan del Bronx y de la tierra firme del Estado de Nueva York.

Bordao en “Las heridas de Hudson”, sin embargo, no pinta una escena de pleno romanticismo, paisajes grandiosos, sino personifica la marcha al olvido de una procesión de condones usados. La gracia de Bordao resulta del modo que los considera como “despoblados/ por los aficionados a la carnalidad”, “exhiben su hundimiento”, algo tristes se pudiera pensar, pero el poema revive en su “evasión del fallo”, su menosprecio de “la gloria” contenida, ya que se concentra en la eyaculación en sí, “el fuego derretido”, el “blanco diluvio de erudición”, presta hasta “amplio conocimiento” (DLE) a ese líquido carnal, y otorga a ese diluvio “el triunfo más largo”, ¿quién sabe si no sea una semilla de progenie futura, aunque sea una marcha de condones?

Otra masa de agua que describe Bordao, la más conocida del Estado de Nueva York, son las cataratas de río Niágara, esencialmente tres: la catarata canadiense o de herradura, la estadounidense, y la más pequeña, la catarata Velo de Novia. El nombre “Niágara” procede de una palabra iroquesa que significa “trueno de agua”. José María Heredia (1803, Santiago de Cuba-Ciudad de México, 1839) fue el poeta que estableció el romanticismo en Hispanoamérica en parte por su poema, “Niágara”, en el que las turbulentas aguas le tocan su memoria con las palmas de su juventud en Cuba. Bordao, en su poema “Memorias del Niágara”, dedicada a su segunda mujer, la cubana americana, Laura, personifica las aguas con emociones humanas, y en lugar de imaginar paisajes de la flora de su mocedad, el poeta exiliado construye el dolor de ser aguas en constante movimiento y adopta una actitud mental de estar cerca de romperse a la vez que se sienten atraídos por “la vetusta sed del precipicio”, la ironía fundamental de aguas sintiendo una sed que sugiere una mortalidad, en lugar de un cambio abrupto de formas. La anáfora inicial de “aguas” mencionadas doce veces, dos en cinco estrofas de diez versos, y con dos finales en dos estrofas de cinco, di-

rige la narración del poema. Así “Aguas capitales y turbulentas”, por tener una “afinidad de romperse”, termina “en cada instante” y vuelta, “sangrando el epitelio de las horas”, el epitelio siendo “tejido animal que reviste la superficie, cavidades y conductos del organismo”, incluso “la porción secretora de las glándulas” (DLE), como los pezones mamarios. Por una relación anatómica entre el tejido humano femenino aplicado al tiempo, Bordao logra una comparación concreta entre agua y el fluir del tiempo en una visión corporal. Estamos ante un logro complejo y creativamente productivo. Las aguas vivifican las emociones de los humanos vivos, como si fueran actores que no pueden evitar sus papeles de entidades agónicas, que tienen que actuar sus vidas colectivas, dejando al público el gran espectáculo de su lucha perpetua. Así dejan a los que miran “su último reclamo/ su atávico ronquido de embestir los escollos”. Su “efervescencia” es un “esencial vocabulario”, la lengua de las aguas, pero por precipitación, “perdieron el juicio” y hasta llegan a “la demencia que resplandece y se desploma” y las aguas, como el poeta que las admiran, “fueron deportadas”, no por Política sino por condición existencial, condenadas a moverse perpetuamente hacia una fuente marina, como el hombre sin tierra que busca su vida en una odisea de la vida final. En sus diversas corrientes “heredaron el divorcio y el grito / pero se prolongaron en la boda” de unirse pese a que “no se salvarán del abandono, / ni de la agitación”. La turbulencia acuática llega a ser una metáfora de la vida misma del ser humano. En 1801, Theodosia Burr Alston (hija del Vice-Presidente de Thomas Jefferson, Aaron Burr, quien mató a Alexander Hamilton, primer Secretario del Tesoro, en un duelo en 1804) fue la primera mujer con su marido en celebrar su luna de miel, visitando las Cascadas, y estableció una tradición popular de visitar a esta maravilla de la naturaleza como viaje de luna de miel.

Si las aguas “no se cicatrizan/ por su tenaz inmigración entre las rocas”, los humanos son recipientes de sus “golpes de la vida” como dice el poeta peruano César Vallejo. Pero el agua, si se evapora, los ríos son constantes, la lluvia o el hielo renueva lo perdido, pero la individualidad de los seres humanos tiene su límite implacable en la tierra. Si el individuo se pierde entre “escombros de iluminación”, puede terminar su “naufragio” en un “gluglú” del elemento que le absorbe.

En “Inaplazable fugitivo” es un tributo a la velocidad y a algunas obras, pautas literarias de su colega y el más reconocido novelista y poeta de los que salieron por el puerto de Mariel, Reinaldo Arenas (Aguas Claras, Provincia de Holguín, Cuba, 1943-Ciudad de Nueva York, 1990), para hacer renombre en prosa o en poesía. Rafael Bordao aprovecha de ocho títulos de las obras del autor, para trazar la trayecto-

ria de su carrera. Comienza con tres novelas, *El portero* (1989), *Arturo, la estrella más brillante* (1984) y *Otra vez el mar* (1982) para decir que no han logrado pararlo, dado que el poema cita a Arenas con un epígrafe como un solo lema: “La única sabiduría: no te detengas”, y así Reinaldo es “fugitivo” de los eventos del curso de su vida a la vez que no se detiene de escapar de un estado de tranquilidad, que pudiera haber descubierto si hubiese tenido tiempo en su futuro. Así el joven poeta gay tan afectado por el “atolondramiento y la locura” que le “causó el Desfile que todavía continúa”, recuerdo de un cuento, “Comienza el desfile” (incluido en la colección *Con los ojos cerrados*, 1972, y después en *Termina el desfile*, 1981), referente a los revolucionarios que entraron en el territorio de su mocedad, la ciudad de Holguín; ni tampoco se detuvo en *El Central* (1972), nombre de una zafra de azúcar de caña de Pinar del Río, en la que trabajó un mes de mayo en 1970 para ayudar a Fidel Castro, a llegar a una cosecha de diez millones de toneladas que no logró, y nombre del segundo de tres partes de su poemario *Leprosorio* (Betania, 1990). Esa fábrica “extraía el guarapo que seguías buscando / “en el desesperado rodar hacia la muerte” y este verso sobre una labor a que fue obligado por el Estado a realizar, indica que Reinaldo luchaba en su escritura, para deshacerse a través de la imaginación y la sátira, de una multitud de elementos represores que le hacían su vida difícil de sobrevivir, de romper las cadenas del entorno social y político de la Isla. El crítico cubano, Jacobo Machover, nombra esta pesadilla, el “Reprimero” (*Revista de Libros*, 2003), y cita “el campo en toda su cerrazón”, “la madre castradora” del relato “*La vieja Rosa*” y la novelita, *Arturo la estrella más brillante*”, “la moral impuesta” por la figura de Fidel Castro que “se personifica en la mujer castradora”. Al final, el guarapo, jugo a secas o fermentado, resulta ser el dulce juego de la escritura misma, que satisfacía la sensibilidad -si no directamente el sentido del gusto físico- de un hombre que vivió su vida tan cerca de las múltiples experiencias de su libido.

Bordao aprovecha de los títulos de dos libros más de Arenas, El poemario *Voluntad de vivir manifestándose* (1989) llega a ser otro elemento que no le detiene, “la Voluntad de vivir que se manifestaba en su palabra/ siempre incesante”, aunque su abundante fluir llegó a “la desembocadura de otro exilio”; y sus ensayos sobre la libertad (1986) mantiene su título:

no lograron demoler tus versos ni desaguar tus mares
que almacenaron esa Necesidad de Libertad que a todos contagiaste
hasta el postrer minuto de tus brasas.

Para Rafael, Reinaldo llega a cruzar “la frontera de la vida” de un modo “terriblemente solo” con sus enemigos sabiendo que “jugabas tu vida a la literatura”. El exilio fundamental de Reinaldo, como el de Rafael también, es el de la salida por Mariel y la llegada a los Estados Unidos, pero en ambos casos incluyen un constante hiriente exilio cultural de sus orígenes. Sin embargo, en el caso de Reinaldo, la fuga incluye tantear “el temible teclado de las Parcas”, las que puedan cortar el hilo de la vida, y “a la hora en que la desolación y el peligro son más grandes / y los quebrantamientos del alma envuelven en silencio/ la gloria y los escombros del siniestro”. Lo que describe Rafael es el enajenamiento total de Reinaldo: “llega a la ausencia/ allí donde la furia finaliza su industria de veneno” y ¿el resultado? Una cierta indiferencia frente a la muerte y a la vida sin importarle “mucho el arte de morir” y sin agarrarse “a la vida” de sus “amigos”. Escribe Rafael, con cierto signo satírico, que Reinaldo quemó sus “naves en la arena/ intentando exorcizar” sus “maldiciones” y “desarenándote a la moda”. Si “exorcizar” es “Utilizar exorcismos” y éstos son conjuros “contra el demonio” (DLE), entonces Bordao coincide con Jacobo Machover, que también utiliza “exorcizar” para indicar al responsable máximo de “la moral impuesta”, que “impedía el desenvolvimiento de la homosexualidad” y sus costumbres, o sea Fidel Castro, “el personaje principal de El asalto, pero también la sombra tutelar de otras novelas, aunque apenas fuera nombrado, por deseo de exorcizar una presencia demasiado abrumadora”, que no obstante “se invita en cada rincón de la mente a cada rato”. Fidel era el demonio para Reinaldo, pero incluye todo el sistema represor de su expresividad personal, política y social. El poeta y novelista fue prisionero en el Castillo del Morro en la entrada del puerto de Habana durante los años desde 1974 a 1976 por su crítica al sistema político totalitario, y aunque no fue autorizado para salir en el éxodo de Mariel, una mínima de imaginación, hizo que cambiara el primer apellido de Arenas por Arinas; engañó a las autoridades y le dejó un camino por el mar. Reinaldo fue forzado a confesar sus “pecados” contra la Revolución y su sistema comunista, como también fue forzado antes (a ese vergonzante chantaje) el poeta Heberto Padilla.

Arenas, por tener SIDA, y por aquel entonces (1990) no había una paliativa segura de continuar su vida como escritor, decidió tomar su propia vida como dijo en una carta pública de despedida a sus lectores y amigos en ese año. Bordao dice, entre otras cosas, al poeta: “te ahorraste las exequias”, aunque dudo que las honras fúnebres importaban al suicida con su salud tan deteriorada, y seguramente por haber sido informado de su enfermedad en 1987, tuvo años para digerir

su condición que describe Rafael: “sin poder nuevamente arrojarte al peligro / erotizado por el cosmético de la muerte”. Al peligro del sexo gay Reinaldo hace referencia en su autobiografía *Antes que anochezca* (1990) respecto al prisionero Cara de Buey en el Morro, el castillo-prisión, al decir que se sufre años de tristeza por un momento de placer, de sífilis se curó, pero no del VIH (virus de inmunodeficiencia), el SIDA, que llegó a una fama internacional en 1981, pero tenía que haber sabido Reinaldo el peligro que esa epidemia representaba.

El poema, “Inaplazable fugitivo”, termina con dos exclamaciones: “¡Cuántos murmullos se oyen en tu silencio! / ¡Cuántas vanidades *Antes que anochezca!*” Los murmullos pueden ser la energía de su palabra escrita, la fantasía y la libertad de su creación a través de sus personajes, reales e inventados. ¿Y las “vanidades”? El sustantivo de Bordao es polisémico. Por una parte, puede referirse a Eclesiastés 1:2 “Vanidad de vanidades, dijo el Predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad” (Reina Valera Revisada 1960) o dijo el “Maestro” del Antiguo Testamento de la Biblia Griega Septuaginta antes de Cristo, el énfasis es en lo vacío, lo hueco, “vano. 1. falto de realidad, sustancia y falta de solidez” o la “vanidad. 2 Arrogancia, presunción, envanecimiento. 3. Caducidad de las cosas de este mundo” (DLE). En todo caso, como *Antes que anochezca* son las memorias o la autobiografía de Reinaldo Arenas, sería algo severo sopesar su libro como un producto de arrogancia o presunción, ya que es un relato de un hombre con una energía sexual destacada, a la vez que demuestra una honestidad de caracterizar un régimen tiránico y represor de tantas libertades sociales. Tal vez Rafael recurre al sentido de la sátira o la burla que Reinaldo, en su autobiografía, declara que han aprovechado históricamente los cubanos para escapar de la ingrata realidad. Todo escritor tiene que tener un toque de vanidad para expresarse libremente, para inventarse como escritor.

La última selección de la antología, “El polvo del torbellino”, son cuatro de los poemas breves de *El libro de las interferencias / The Book of Interferences* (Trad., L. Bourne) de 1995, pero hacen un escueto resumen de unos elementos esenciales del poeta de La Habana. El epígrafe del poeta argentino, Roberto Juarroz, de la “poesía vertical”, nombre que dio a todos sus poemarios, resulta ser un punto de referencia pensativa: “Todo es interferencia de algo”. Tal vez la cita de Juarroz sirve para que estos poemas, entre bichos que irritan los alrededores de los seres humanos y les recuerdan su decadencia de envejecerse, les adviertan también que tienen sombras incluso en días sin mucho sol, tiempo que hurta implacablemente de su caudal de vida, y tal vez personas desde parientes hasta memorias y amistades que les puedan dar

una leve expectación que rescaten los sueños y el calor de la ternura. El poema "... de la sombra" gana su misterio desde sus dos primeros versos, porque nos alerta a una interpretación de ese elemento alma que define lo espiritual del ser humano, en el segundo sentido de la palabra: "En algunas religiones y culturas, sustancia espiritual e inmortal de los seres humanos" (DLE). No obstante, los dos primeros versos nos invitan a contemplar la sombra: "Traducir el alma es / observar la sombra", pero sombra en la tercera acepción nos lleva a una "aparición fantasmagórica de la imagen de una persona ausente o difunta" (DLE). Interpretar el alma inmortal nos presenta paradójicamente con una ausencia o un contexto sin vida. ¿Es la muerte o es una vida perenne que no podemos comprender? Por eso los tres versos finales definen la sombra, entre paréntesis, como "(... un cuerpo / fuera de su horma / que escapa hacia el infinito)". De igual manera las figuras que deambulan "por las impuras calles" en el susodicho poema, "Escombros de la noche", buscan "la pulsación del infinito", un lugar con pulsación vital que no tenga fin. Hemos comentado sobre la idea de "sombra" en el mundo clásico al principio de este ensayo.

El siguiente poema, "... de las moscas", ha sido comentado con respecto a la "Fábula de la cucaracha" de "El lenguaje del ausente" (1998). Más que entomólogo, Bordao presta a los insectos que rodean la vida cotidiana de los seres humanos una psicología bastante humana, con "sarcasmo" y "vergüenza", y "son dueñas del alarde", "ostentación y gala que se hace de algo", sobre todo cuando se mueven por los suelos a altas horas de la noche. Puede que tengan algo de "desfile" también, "principalmente militar" (DLE). Sin embargo, su ímpetu es de "dictorios", en singular, "dicho denigrativo que insulta y provoca" (DLE). Bordao se recrea con los insectos pequeños que nos dan una mezcla de asco y de miedo. Es un talento. "... del tiempo" es un poema relacionado con "... de la sombra" ya que se tratan los dos de las sombras como la falta de la materialidad en el mundo, el cuerpo mismo. El poema empieza y termina negando el sujeto del texto, pero es la infinitud que borra la idea del tiempo. Por eso, el ladrón de tiempo es "los relojes todos" que hurtan siempre y reducen el hombre a confrontar lo transitorio de la finitud. "... de la sucesión" dedicada a la primera hija de dos, la cubana, Aisné, incluye un supuesto remedio por la mortalidad, que un "sempiterno" logre inyectar "sueños a las sombras". En la realidad, en esta tierra firme, estamos obligado a inyectar nuestros sueños en ese mundo de sombras que es un reto personal.

Louis Bourne

LOUIS BOURNE, (Richmond, Virginia, EE.UU., 1942), poeta, traductor, hispanista, vivió 32 años en Madrid, Profesor Emérito de español, Georgia College & State University, Milledgeville, GA. Director, *The Carolina Quarterly* (1962-1964), Redactor-Jefe de la revista multilingüe de poesía, *Equivalencias*. Traducciones: Vicente Aleixandre (Premio Nobel 1977), antología, *The Crackling Sun* (1981), *María V. Atencia, Selected Poems* (1987), *Rafael Bordao, El libro de las interferencias* (1995), *Escurriduras de la soledad* (2008), *Clara Janés (Los secretos del bosque, 2002, Huellas sobre una corteza, 2005), Justo Jorge Padrón (Los círculos del infierno / The Circles of Hell, 1981; Ascuas del nadir / Embers of Nadir, 1995; Rumor de la agonía / A Whisper of Agony, 1996; dos antologías, On the Cutting Edge, 1988; Memory of the Fire, 2004; El arte del poema / The Art of the Poem / Arta Poeticà, tr. Nicolai Dabija / Иhttps://en.wikipedia.org/wiki/%D0%98искусство поэзииhttps://en.wikipedia.org/wiki/%D0%98Иhttps://en.wikipedia.org/wiki/%D0%98, tr. Tamara Shmundyak, 2015); antología, S. de la Nuez, Contemporary Poetry from the Canary Islands (1992), *Andrés Sánchez Robayna, El libro, tras la duna* (2017): Traducción Recomendada, Poetry Book Society, Londres. *Los recodos del río. Poesía reunida 1981-2011* recoge *Médula de la llama* (Primer Accésit, Premio Gules, 1981), *Lienzos en lo humano* (1986), *Ráfagas de un signo* (1997). Primer poemario en inglés, *The Thought of Seeing* (“La idea de ver”, Revival Press: Limerick, Irlanda, 2019). Premio de Traducción William Arrowsmith (revista *Agni*, Boston University, 2001), 5 versiones de poemas de Rafael Alberti. Miembro de la Real Academia de Doctores.*

a Celeste, Camille y Aisné

I

PROYECTURA

1986



David Vela

*¡Ojalá perezca entre los dioses
y entre los hombres la querella
y el encono, que torna intratable
al hombre más sensato!*

Homero

Distancia I

*De todos mis montes voy a
ser caminos...*

Isaías, 49,11

He venido rodando como un aro de azogue planetario
desde un orbe de cáscaras estentóreas,
desde un origen de estopa y calabozos,
desde un ámbito de alambres y candados oxidados.
Mi destino de agua navega
entre las púas hirsutas de una historia
de alas subterráneas.

Voy colando enojos y ensillando caballos
con un ruido de flejes desatados
con una brizna de alma luenga y luminosa
semejante a una espada que ciñe mi mano.
Así ando: entre averages y filamentos
y esotéricos vendavales,
con una extensa cola de huellas y conminaciones
dejando como garantía una moneda de horizonte.
Traigo un bolso de espanto con una escarapela:
un silbato.
Traigo un itinerario ineluctable de cometa
y una circunferencia ínclita como el alba.

Distancia II

En medio de coños y cañas hay una cuba de fábulas,
una nomenclatura envejeciendo
y un esqueleto de efemérides abandonado.
Hoy la lógica prefiere la redondez de un Valium
y yo me sentaré a cantar
sobre un cojín de frondas
el tema de mi entelequia:
He crecido como un obelisco a fuerza de ebulliciones,
me vistieron de aniversarios y rubores
y de una condicional monomanía: hastío.
Mi numen de saliva
late con estival trascendencia
y óptimo albedrío,
mis remos carcomidos
por un mineral pletórico e inflamable
me alejaron de un depósito de fimo.
¿Adónde voy ahora con esta voz erecta
hollando ensombrecidos restos
de gargantas sonoras?

Distancia VII

*Garde tes songes: les sages
n'en ont pas d'aussi beaux
que les fous!*

Charles Baudelaire

De mi sueño longevo conservo los ojos inocentes:
desperté como un despojo vegetal a la deriva
entre huesos de canoa y verdes eructos de sapos
en una presagiosa playa de existencias fallecidas:
en mis pupilas había un flujo patético de marea
y un pez de mercurio hipnotizado:
sudé algas visiblemente empobrecidas
y esputé dermis de conchas estranguladas
por una rabia cautiva de petróleo
en una ambigua atmósfera de cábalas.

Entre guarismos de arena
y una nata salobre de burbujas,
descubrí un remoto santuario submarino
con tórridas anatomías
de caracoles erosionados.
Con mis sueños asiduos
voy nutriendo una periférica vigilia
de rescate.

Distancia VIII

Abrí la vida
una mañana de escobas subyacentes
y hallé
un imperio mudo de cigarras decapitadas.
A veces pienso en barcos
que me lleven lejos de estos largos aullidos,
de esta atmósfera de cadáveres enfáticos
y de éstos líricos muertos insepultos.

Instrucciones para un joven poeta

*Da miedo ser poeta; da miedo ser
un hombre consciente del lamento
que exhala cuanto existe.*

Gabriel Celaya.

Lo primero que debe hacer
un auténtico poeta,
es lavarse bien la boca
(auto recetarse gárgaras)
y ponerse los zapatos
más estables y oscuros;
luego
echar andar por el planeta
tomando el pulso de cada cosa,
escudriñando toda respiración
auscultando el sonido de las emociones
y llevar siempre consigo una lupa
como el más eficaz amuleto
contra espíritus sospechosos
después
cantar, sí cantar (y no muy alto)
no sea que se ofenda algún pájaro
soñoliento en una rama
y comience a graznar sobre tu cabeza.

Tanteo

Si pudiera desterrar de mis vísceras
estos sustos extensos,
es probable que ese día la ansiedad
de mi alma sucumbiera
en un hipódromo estentóreo,
o en la cúspide de alguna alcancía
satisfecha.

Si pudiese hallar un vínculo plausible
entre tantas colapsadas controversias,
si lograra sumar toda mi errática ternura
dejando un etéreo diluvio de temblores
tendría mi infancia -no sólo una emblemática
simetría-, sino también un derretido
monumento de impudores.

Oda al descubrimiento

¿Te acuerdas España?

Eran sueños furiosos de menta
en viejo navíos carcomidos por rutas salobres;
aureolas de gaviotas salvajes
volaban como escrituras de yeso
sobre las aristas vegetales de América desnuda.

Todo era arboleda y agua viva:
silvestres helechos vestidos de sombra,
vírgenes áureas de madera dura,
sagradas texturas propensas a la clorofila.
Aquel idioma venía mareado de tanto abolengo
y ubérrima espuma,
y algunos decían hablarlo perfecto
comiendo pescado como un homicida.

¿Te acuerdas qué estruendo?

Los remos estaban cansados de la travesía;
las velas inflaban sus viejos pulmones de oriflama,
la biblia era un grano de aurora dormida
en el vientre de secos barriles,
y en el horizonte colgaba como una naranja
o como una enigmática moneda
un ojo azufrado.

Dentro de aquella empírica eclosión
se veía un vendaje de árboles perpetuos;
los antiguos guerreros editaron memorias atrevidas,
el cosmos ya no era soltero como el destino
ni tan sospechoso como un marinero.

La cruz como un bisturí
comenzó el trasplante y la cisura por los senos,

el corazón aún estaba palpitante y fuerte
y sobre la tierra aquel casto cuerpo resignado
expresaba un mensaje de ingenuidad y de Eros.
América y España se fundieron
con una baqueta de estaño
y dos ceremonias de cazabe y vino;
aquellas contiendas de corcel y espada
quedaron cautivas en lienzos enormes.

En grandes arcas de conquistas
trajeron el alma de los españoles,
con vastos festejos de aquel hemisferio
de artesanales quimeras y anónimos señores.
España ya era madre y raíz
y América la más notable y audaz
de toda su prole.



Belkis Cuza Malé

*Nunca tanto sentí como este día
mi mísero aislamiento, mi abandono,
mi lamentable desamor.*

José M. Heredia.

II

ACROBACIA DEL ABANDONO

1988

Himno al follaje

Hojas cuyos corazones de espanto se suicidan
hojas que el viento con su impulso viola
heme aquí conjeturando mi alegría
en medio de tanta inocencia mancillada
latiendo de libertad
extasiado de aves
colmado de higiene vegetal mis dolores
heme aquí de hinojos con un sueño en la mano
opuesto al abandono
satisfecho y errante
invitado por las circunstancias a la filantropía.

Hojas que renuncian al palo y ofrendan su aura de conjuro
yo las amo
como también adoro
a la estentórea inspiración que me conmueve
estoy rogando aneguen con unanimidad mi sino
y abriguen de hojarasca mis errores
quiero sangrar mi honor de clorofila
quiero ser esas hojas que se evaden
y ya nada las detienen
esas que caen...
absueltas y depuradas.

Testimonio de un ahogado

*A los imperturbables peces
del laguito de Duke University.*

Esos peces que no van ni vienen
hipodérmicos de nadar en lo remoto
inexpresivos y circunspectos
de flotar en el cansancio y el disgusto
en el agua que venda sus instantes
¿serán fragmentos de cópulas celestes?

sueñan en silencio comatoso
la ruta diagonal de todos los mortales
rojos de hipo y absortos en el ego
vagabundean por la melancolía del hombre
peces que se abruman
rotulados por la antigüedad del individuo
sordos de gloria y holgazanería
mareados de corazonadas y burbujas

empero
se apoderan del talento silente de la sombra
y se atiborran con fábulas y conmemoraciones
y se envilecen de una sabiduría errátil
tras un brillante salivazo
peces que se asfixian de nostalgia
en los antecedentes.

Dádiva

a la ardilla que me regaló una nuez...

Atardece

las ardillas no cesan de correr
con sus tímidas sospechas
no cesan la agitación
ni menguan el ambages

Fluyen intempestivas hacia el misterio
tras un hirsuto aliento de semilla
olvidando todo su infortunio en la enramada
desde la cual demandan con inquietud
las nueces

y luego se van de salto en salto
entre apariencias y fisionomías
con un aire indulgente
pero antes que anochezca
dejan (íntegro) su amor
en el césped.

Contraste

Veo casas que estallan de placeres
y yo me aburro de vivir tan inocente como un huevo
en este sitio demencial,
donde todo es perfecto y transitorio.
Los enamorados estiran la noche como si fuera un chicle:
la noche crece entre sus labios húmedos.
Luego se acuestan a dormir en ella
con pálidas flores largas
entre los brazos gráciles y desnudos.
(Siempre hay enamorados suicidas
en las madrugadas cansadas. Prefieren las lunas de lobos
y aúllan hacia el cielo,
donde una estrella espera la señal,
para hacer un pestañeo inolvidable).

Pronóstico

Un día

-cuando no haya luces
en tu habitación-,
te despertarás sobresaltado
y te darás cuenta que has envejecido,
dilapidando tu cara pública en los espejos
(tu rostro como un emblema sagrado)
a fuerza de otear la tristeza.

Ese día

-será la fecha que niega
lo que somos, lo que fuimos y seremos-.
te sentirás caduco, abismal y misterioso,
salpicado de fango, ritos y secretos:
sabrás -después de todo- que la vida
es un caos y una disimulada censura
y que en el lado opuesto hay unos labios
que lactan sutilmente el aliento.

Acrobacia del abandono

Arrojado al silencio
 como un ente que nadie reconoce
 como una gota incógnita y escurridiza
casi en el borde del ocio
 sumido en la hipnosis del idiota
sin hospicio ni hora
 rotulado por una incorpórea vergüenza
al aire libre y solo
 como un loco o un santo
 sentado en la arisca piel del orgullo
denso de pensar en la ausencia
 de arruinar con estremecimientos la mente
 destilando la envidia
 el álgebra que subyace en los sueños
asido al hallazgo de la memoria
a la incidencia
 al vocablo que vincula
 buscando en la periferia un gancho
alguna luz que se derrame
 alguna longitud que persevere
al margen de la amnesia
 con la cabeza henchida de ocasos y equipajes
sentado como esos dioses
 que no saben quiénes fueron
 mirando a los niños guiando bicicletas
-marciales y equilibristas-
 reellenos de velocidades y filamentos

Y desde esa arista observo lo figurativo
 lo inalterable

el ojo ajeno
un trazo luctuoso de perspectiva
-emponzoñando la dicha-
absoluto en el éter
anegando la transparencia del parque
la cualidad perenne del abismo

Empero las aves que trascienden en el vuelo
olvidan con su instinto cabal
los anuncios que no entienden
la herejía que borbolla
en el hacinamiento y el llanto
la perspectiva de cansancio
y divulgan su canto esencial
-incurable y olímpico-
su melodía de aire
en la acrobacia sin fin
de mi espíritu.

III

ESCURRIDURAS DE LA SOLEDAD

1995 / 2008



Belkis Cuza Malé

*Ahora me poseen las olas
y los vientos me obligan a dar vueltas
en torno al litoral.*

Virgilio

Ola uno

La mer, la mer, toujours recommencee!

Paul Valery

Ola retórica de agua
que te suicidas
en los umbrales
de tu propia elocuencia.

Dale tu golpe
olímpico de sal,
quiere abrir con sus manos
tus ostras.

Dale tu furia
de cangrejos sumergidos
y tu sonora eyaculación
de espuma,
antes que arrecie el mar
y renazca (forever)
el olvido.

Ola dos

Bajo la muda navegación de su alma
el viajero mira los peces más brillantes
el espinazo de un bote carcomido
por el menosprecio de la soledad,
sobras que emergen, espectros de memorias
que se destiñen y pudren
allí donde la palpitación del agua
interrumpe el brevísimo coito
de los peces.

Ola tres

Y fue tanta su urgencia
que de pronto se vio en lo más abierto,
emboscado por la uniformidad del cielo
y por lo errabundo de las aguas,
como un pez más del mar último
que atraviesa la quimera de la noche,
su minucioso y eterno pestañeo
buscando en el instante fugitivo
su inaprensible cambio.

Ola ocho

Cuando los niños
con su oficio de dioses
le corten un crespo
de ternura,
cuando tú le devuelvas
las tímidas canoas
y los intrépidos
navíos
de tu vigor salino,
entonces
te hará con sus enojos
un monumento
en el risco
más renuente,
a donde irá a leer
con una vela.

Ola violeta

*Grey peak of the wave/
wave, colour of grape's pulps...*

Ezra Pound

Linfa de asombradizos
ojos autumnales,
toda la magia
de tu cuerpo
ha sido elogiada
por sus labios:
abre tus rombos de huchas,
las fechas ininflamables
y vierte todas tus cuitas,
encima de su valentía.
(Cárdenos y adiposos
los golpes de mar
abortan el ocaso).

Ola negra

Y cada ola quisiera ser la última.

José Emilio Pacheco.

La soledad
ciega como una piedra
que cae en las entrañas
del abismo,
sin voz como los peces
que callan y reciben
el incentivo fatal,
rompe el himen de la noche
con su efímero secreto.

Voltea, ola, tu inmarchitable
corazón nervioso,
las voces que se apagaron
en el desamparado infinito,
las tablas del infausto bote
que resoplaban sus fobias
su brisa de misterio,
vencidas por la insonoridad
de los gritos.

Resaca (1)

*...no tenemos el mar
pero tenemos náufragos.*

Reinaldo Arenas

Sobre tus aguas un bulto:
 alguna cifra de la especie
que ha sido desunida,
tal vez un brazo que rema
 contra la desmemoria
 -quizás ni eso-:
tan sólo algún despojo que cuelga de una mano
 alguien que renuncia al diluvio colectivo
al indisoluble y turbio chapaleo,
 alguien que salió de la marítima emboscada
 acaso un atisbo de hombre
entre el designio de las aguas,
 un cuerpo exhausto, ininteligible
 flotando en el famélico Golfo.

Resaca (2)

Agua

arrima su cuerpo de salitre

a las riberas serenas del mundo.

Desata con tu potestad sus vendas,

quiere mover sus miembros tumefactos,

inocular todas las conmemoraciones en sus venas

andar como un doncel conquistando los puentes,

hurtando estrellas

y dándose las a los niños que nunca desayunan.

Lánzalo como una espina de pescado

desde tu sufrimiento de marea,

al lugar más triste de la orilla,

a donde van residuos de querellas

y el malhumor de las conchas.

Resaca (3)

¿Adónde habrá de ir su alma sin un bote?
 Enrolla su ajada travesía
la ruta acérrima de cruces
 el estropicio de todos sus salvoconductos
y ofrécelos como una recompensa
 a los gélidos y voraces escualos.
Ha sobrevivido a fuerza de salmos
 en tu necedad y megalomanía,
le has llenado los oídos de burbujas
 y de podridas trizas de madera.
En cada uno de sus poros
 hay un estandarte de salmón extinto
tinta de pulpos
 y restos de caracoles despreciables.

ESCURRIDURAS DE LA SOLEDAD

Uno

Sobel
el adiós enjuto
incorpóreo
en el dorso de tu mano rota
como un pedazo de mar evaporado en el muelle.
Estás allí entre dos límites trazados por los dioses
encaramado en el vértice de todos tus ancestros
atisbado y resuelto encima de un cómputo de arena
desbordando tu alma en cada milla de la travesía
en cada estímulo de sospecha
equidistante del pájaro y la ruta
aguardando dar el salto audaz hacia el bote
como un atributo.

Bajo tus párpados
Sobel
el malestar de un síntoma brotando
a chorro vas fluyendo sin gobierno
expedito
desde un rincón del cielo
lejano y dadivoso
la infancia te endurece el nombre con los gritos
el abandono te cobija.

Tres

Una brisa de voces
deja tus furias antiguas en el viaje
desde el mástil los duendes elogian tu salida
escapas de la pesadilla giratoria
de la malversación a la persona
la libertad derrota las instancias del peligro
flotas en el narcótico desagüe
en las aguas invencibles del misterio
oh Sobel escucha la voz del cielo
ese otro mar lleno de diademas.

Allende se quedó tu imagen acumulada
hecha un enredo de hematomas
perplejo de tanta intriga
has extraviado tu canto
recuperas tus antigüedades
notifica tu queja sosegado
festeja tus conmemoraciones sin angina
y en una esquina del barco
como un anacoreta reza tus salmos
porque el mundo es un escombros iridiscente
que se debate entre calladas siluetas.

Siete

Alza los ojos Sobel
mira en el cielo la imagen de tu pueblo
evasivo emancipado
buscando asilo
remando su historia insistente
anhelando el equilibrio sin egoísmos ni maltratos.

No renuncies al sueño, Sobel
guarda tu luz para el grito más oscuro
para el viaje más rotundo y esquivo
guarda las huellas y el paisaje
y pon tu corazón insular
sobre el mar copulativo.

Ahíta de individuos tu lancha
como una ofrenda
a un dios de circunstancias honra
tu rastro sobre el suceso ineluctable
flotando junto a la espuma
late en las ondas.

IV

EL LENGUAJE DEL AUSENTE

1998

Días como éstos

A José Olivio Jiménez

Tan alto es este día
 que caigo desde él
precipitado y tonto
 como una pera cansada.
Estos días gravitan
 como nubes de auras;
alfileres de distancias
 me perforan la piel.
Días como éstos; desgañitándome
 entre las calles sordas,
sin paz, sin aviso de Dios,
 bebiendo Coca-Cola
desenfrenadamente
 y mi vieja oración sin alas
trepando los rascacielos fríos;
 sin tokens
esputando el Marxismo
 contra la acera más dura,
disponible como una cebolla
 en un restaurante chino
a bolina la infancia
 como un papalote
acaso en los confines de la soledad
 como un trapecista sin público,
sintiendo que la patria fluye
 como un desbordamiento misterioso,
en un vetusto y tolerante
 parque de New York.

Fábula de la cucaracha

Siempre andan distraídas:
¿adónde irán tan urgentes?
¿cómo serán por dentro?
Carecen de artilugios para evitar incendios,
se inflaman en los fogones de las casas
con obvio desenfreno,
coexisten sumergidas en las intimidades
como un asterisco,
y de noche pervierten su castidad
en la harina.

Son nerviosas:
diminutos motivos de expresiones groseras;
preceden con lujuria la lluvia,
aumentan el orgullo de los desheredados,
e incentivan con su noticia el asco.

Nadie las oye quejarse: ¡ay!,
mas revientan con ardor
en las tertulias placenteras.
Corren como beodos delirantes,
sintiendo que la culpa les fustiga:
¿adónde irán estos ubicuos transgresores?

(No hay mayor genocidio que la de éstos
fisgones cotidianos).
¿Cuánto viven, serán longevas, asmática, miopes?
Y las albinas qué juez las sancionó a vivir
en las tenebrosas alcantarillas
de todo el planeta,

cuál fue el delito (¿espías u obscenas?):
son tan humilladas como un negro etíope.

Las cucarachas están plagadas de azares fortuitos
y de un insolente despilfarro de locura,
mueren de un instante exacto
y expelen un estampido sincero:
No transmigran.

Escombros de la noche

Para Reinaldo Bragado Bretaña

Mas perlas en la escoria

Juan Ramón Jiménez

Oh bienaventurados

los que deambulan con lentitud y mansedumbre
por las impuras calles de las urbes,
embelesados bajo los sucesivos aguaceros
de tanto poetizar entre los hombres,
extasiados de vivir en el limbo
sin más patria que el olvido,
buscando en los escombros de la noche
la identidad y el recuerdo.

Oh bienaventurados

los que buscan en el confín del orbe
la pulsación del infinito,
los filamentos del alma que se pudre
entre el polimorfo vulgo,
emboscados por una mixta soledad
de inequívoco desamparo,
donde a menudo los rostros se confunden
con las mercancías del mundo.

Vivisección de la Gran Manzana

A Gerardo Piña-Rosales

En invierno Manhattan queda desmaquillada.
La ciudad desentierra sus retratos de hielo
sus falsos alicientes de saliva
desteñidos con la baba de las brujas
que deambulan con sus lánguidos ropones
sus gélidas y fatídicas mortajas
con las que embelesan y estrangulan.

La nieve ¿qué es la nieve?
sino un póker de hielo transubstanciado en confetis
blancas expediciones que hábilmente van cayendo
sobre la inexactitud de los hombres;
las palomas son apenas unos chismes
que se recuerdan con bronquitis
encubiertos adversarios que murmullan
sus desventuras en el callejeo;
los cuervos son los bufones del parque
los tránsfugas más pobres
que desertaron de la alquimia
roncos y carbonizados;
las ardillas parecen carnosidades
que han nacido del susto y la consternación
coágulos de sueños desdibujados
que se desclavaron con el frío;
los hombres ¿qué son?
sino percederas pieles que transportan
sus crecientes y puntuales apetitos
sus fúnebres reminiscencias de carbón
entre profanos rascacielos,

huyen tras sus borradas fisionomías
estremecidos por el vertiginoso torbellino
de la erotomanía y el dinero.

Febrero 22, 1995/ Brooklyn Heights, N.Y.

Canción para el ausente

Sobel
tu afán ileso
tenaz el vaivén
persiste el viaje como un pago
tu empeño a ser te proporciona el insomnio
alerta el genio vela el infortunio
el episodio
piensas con energía en la ausencia
legible en tus ojos
la noche invade todas tus treguas
y deja un aéreo letargo
un acoso de yodo
un luto
sólo ves un astro que oxida
pauta y custodia tu barca con indulto.
A bandazos tu voz aumenta en la quilla
se acentúa en el mapa
perentoria
se aleja el cielo a galope de tu patria
inmersa en un paréntesis de arena
tu gente en incesante fuga
vive agobiada de bulla
con el alma en pena al margen de la playa.

Letanía contra el olvido

Lo que paso ya falta
Gabriel Bocángel

Que no se olvide el desterrado
De sus calladas promesas ni de las puestas del sol,
que no se olvide de la audaz tripulación
que atravesó el crónico silencio del ocaso;

que no se olvide de los muertos
que iban remando debajo de los botes
su inconsolable penitencia;

que no se olvide de las ninfas
que besaron con suavidad a los amantes
y les susurraron una sabiduría perpetua
sobre la ardiente playa;

que no se olvide del pavoroso instante
cuando se hundió en las aguas el suelo natal
y la secreta voz del alma enmudeció;

que no se vaya a olvidar del peso de la sangre
ni de la incorpórea ceniza del adiós...

Manhattan, N.Y, 1985

Tres muchachas para nadie

El aire las manosea
las vampiriza con su incorpórea dentición
las infla de vanidades y deseos
les desata los instintos, la tos
la prisa por mirarse en el espejo
y verse el rostro en blanco
como un fantasma sin rasgos
que necesita de la tinta y de la mota
para que exista al menos un instante.

El aire las inquieta
las divierte con su furor clandestino
las atraviesa con suavidad de medusa
casi con voluptuoso disimulo
las vandaliza entre las grandes sombras
donde la luz derrama sus podridos sesos
sin embargo, no las mancha ni las desflora
quedan intactas para el juego
y la perversidad

Cobble Hill, N.Y., septiembre 10, 1993.

V

PROPINAS PARA LA LIBERTAD

1998

Estratos del horizonte

Para Ángel Cuadra

Nadie pudo ver al desterrado
abriendo la mirada indispensable
a la instintiva noche fugitiva
cuando el mar era un rostro humano
y contenía la sanguínea espera
en donde se mezclaban sueños amorfos
infinitesimales hilos de ternura
astillas de soledades decisivas
que se arremolinaban y discurrían
por las recónditas grietas donde la libertad
intercambia su memorable insomnio.

Enero 1, 1996 / Brooklyn Heights, N.Y.

Órbita de un sobreviviente

Abrirás por un instante los ojos
como en los sueños donde peligra el soñador
y te verás allí tumbado como una balsa
en un orilla deshabitada y silenciosa
que no conoce la noticia ni el rescate
sepultado por endémicas y enfurecidas moscas
que anuncia su consagración imaginaria
allí donde el fugitivo se detiene.

Harás un adorable pestañeo
un oscuro reproche de verte ajeno
emboscado en el ocio
como un escombros anónimo del sueño
en donde flota la inmundicia
con sus decoraciones oficiales
sus fétidos e inexpresivos trenes
que atraviesan con entumecida prisa
la imprecisión de la tristeza.

Octubre 4, 1994 / Brooklyn, N.Y.

Instante de la lentitud

Para Odón Betanzos Palacios

Partir

dejar atrás lo que fuimos un día
una costumbre más entre la muchedumbre
que no cesa de robarse la fortuna
un ardiente pedazo de fisonomía
que fluía inflamado hacia las flores
donde me hundía furiosamente
buscando la incandescencia de la luz
emboscado por clandestinos ciempiés
que obcecados en su callada marcha
dejaban sus diminutos misterios
sus mudas y simultáneas misas
en el monasterio de mi corazón.

Febrero 22, 1995 / Brooklyn Heights, N.Y.

Dormir y Despertar

Dormir

sin saber si estamos o no estamos

sin saber siquiera si vivimos

sin saber si regresamos o nos fuimos

sin saber si dormimos o despertamos.

Dormir y despertar

That is the question

Agosto 11, 1991

Hudson Valley, N.Y.

Eutanasia contra la monotonía

*Dichosos, ¡oh gusanos!, que tenéis
justa conciencia de vosotros mismos,
y formas y pasiones
y hogares encendidos.*

Federico García Lorca

Los gusanos son siempre finalistas;
no sabemos la magia que los mete en las manzanas
en los poemas o en las personas,
le abren túneles a la fama del cuerpo
por donde trafican las quimeras del cadáver
en su callada y postrera residencia,
y se esconden en el célebre queso
con su adiposo contrabando,
obstinados en peregrinar por el mundo
con su hambrienta irreligión;
sólo algunos devienen lepidópteros
y vuelan entre las orquídeas y el gentío
donde todo es vigilancia y fundición
donde todo se bascula y estalla,
hasta el paciente tránsito de las orugas
que no tienen urgencia en desnudarse
y mostrar su destino linfático y triunfal,
allí donde los huesos de la eternidad
se esconden.

VI

**LOS DESCOSIDOS LABIOS DEL
SILENCIO**

2000



David Vela

*Hay en el silencio una virtud
venenosa. Cuanto menos se habla,
menos urgentes parecen las razones
que se tienen para tomar la palabra.*

Duhamel.

Los descosidos labios del silencio

a Mordecai Rubin

Primero

las islas fueron restos de ágapes,
crepitantes quimeras que se consumían
con el sudor y la competencia de los hombres;
trapos que secaron las lágrimas
que no lograron regresar en los botes,
y se acumularon en la autonomía de los dioses
que machacaban el equipaje y la embarcación,
para que el retorno fuera un premio.

Luego

se advertía en el horizonte una nave
que hacia volver la vista atrás,
llenando a los pobladores de reminiscencias
y nostálgicos estremecimientos,
al recibir a los navegantes insatisfechos
que más tarde se embriagaban con imprudencia
y fornicaban y corrían despavoridamente
sin otra propensión que llegar al puerto
desde donde se lanzaban al furor
de las aguas y los escollos.

Posteriormente

se amontonaban mojados y temblorosos
a pesar del fanatismo y los excesos,
y volvían sus deportados ojos
hacia la esperanza y la evocación
y se dejaban caer exhausto y brillantes,
desmesuradamente abyectos,
acaso renunciando a la presa manoseada

oculta en la secreta vanidad
de la sangre.

Y se desmemoriaban con el vino
separando la ruta del pasajero,
y ferventísimos se hundían lentamente
en la oscura y marchita soledad
del infinito horizonte,
indistinguibles y amables en el fondo
para siempre invisibles
entre los descosidos labios del silencio.

Manhattan, 9 y 10 de junio, 1989

El residuo

a Louis Bourne

Detrás de todo lo inconexo
-esa espinosa agitación de los dioses
que derramaron las piedras del cadalso-,
el sarro de los oficinistas
que tardaban visitar los pedicuros,
también el hastío de los calvos
que no usaban quepis,
y lo inconfesable de lo fofo
que triunfaba en la imaginación
de las doncellas;
era allí donde mareaba el atavismo,
donde la prole era un pretexto más
del temblor viril de la amargura,
aquella mosca intrusa que nos robaba el tiempo
y nos rompía con su audaz figoneo
la intimidad serena de los enamorados,
quedó invicta y errante.

Y nadie en la familia logró alcanzar
aquella combustión pulimentada,
aquel forro cuyo espíritu mundano
dejaba la postilla de los escalofríos,
sobre la musa eréctil del olvido
aquellos setos umbrátiles del corazón
-impreso aún en el litoral de todo lo lejano-,
se desencadenaban con la inquietud del mar
que había uncido Neptuno
en el silencio tupido del desterrado.

Ni siquiera la palabra,
ese ferrocarril descarrilado
a fuerza de presunción y saliva,
pudo desahuciar el abandono
de aquella insumisa y atormentada madre
que decidía sus bodas imaginarias,
tras un género de hombres
que heredaban el penúltimo grito,
allí donde más tarde quedaría
-sobre la albúmina rota del ocaso-,
la semilla del pecado.

Manhattan, 3 de diciembre, 1988.

El robo de la Libertad *

De noche

Manhattan no pesa nada,
los desamparados la desatan
y se la llevan de fianza a la locura,
en donde la falsean y la desangran
con vengativa impiedad.

Y nadie se despierta en medio del sueño
(ese sueño astuto y apresurado)
para ver el destierro, el desahucio,
el tráfico de órganos corpóreos,
el robo de nuestros propios cuerpos
lanzados sobre el vientre de las calles;
no quieren despertarse de ninguna manera
y ver todas sus famas rotas,
los muebles de sus casas ardiendo
en las tóxicas hogueras de los parques;
fogatas enfermizas donde mascullan,
ajenos y aburridos los que no tienen abrigo;
ni siquiera la dama de la antorcha*
(esa inspiración para solteros)
desaloja de las camas a los ingratos
que desestimaron la ruta del amor,
y se arrancaron los ojos inevitables
para no ver el trasplante más íntimo,
ni sus propias lágrimas en el puerto
y se quedaron ciegos para siempre
con la nube primigenia del vacío,
sin poder hacer nada contra el robo,
la perversidad y el crimen;
sin lograr evitar el menoscabo

de ver cómo le hurtan los sesos a la Estatua,
sus ojos más antiguos y alegóricos
y se los echan a los transidos y enajenados roedores,
que salen poseídos de sus asilos
a enflaquecer las noches más humanitarias,
hasta que las desploman a dentelladas
sobre el género humano.

Se quedaron intransferibles y privados,
amarrados al fantasma de sus malicias,
con esplendentes y feroces velocidades
sobre la fortuna indisputables de las moscas.

*Este poema recibió el Premio Internacional “Fernán Esquíó” de Poesía de 1998 en Galicia, España.

* La Estatua de la Libertad.

New York City, julio, 1990.

Corona del desterrado*

La nieve es algo humano.

Javier García Sánchez

Nieva, está nevando
tan apacible y solemnemente,
como si nuestras manos pasajeras
llenas de fibrosas expresiones
se hubieran quebrantado,
como si ya la nieve voluptuosa
unida al entendimiento de la sangre,
nos dejara en la memoria
lo más pequeño, lo más frío,
aquello que de repente apaga
las brasas incandescentes del espíritu,
que lento y agonizante sucumbe
bajo un exclamatorio alumbramiento.

Nieva, está nevando
como si ya nada se opusiera
a la caída, al desamparo,
como si no hubiera porteros
ni enterradores en el mundo,
acaso esta nieve
no sea más que un sordo aplauso
para el furtivo desterrado,
acaso sea el sepelio
de todo lo estentóreo y sombrío,
que irrumpe serenamente
sobre nuestras ufanas estridencias.

Nieva, está nevando
al otro lado de mi incendio,

allí donde se despelleja el silencio,
donde no queda hueso sano
para golpear la tristeza,
tal vez sea esta nieve la memoria
de todo el aburrimiento acumulado,
quizás sea lo que nos deja el orgasmo
en la creciente fusión de lo impreciso,
un exceso cimbreante de chispas
que apaga su combustión en mi cabeza.

*Este poema fue premiado en Francia por la revista
La Porte des Poetes en 1994.

Los ahogados del Golfo

*A los cubanos que se han ahogado
buscando la libertad que le niega la dictadura de Castro.*

Nunca atracaron al puerto
se quedaron en la retentiva de las aguas
arrítmicos, enfáticos y deshechos
soñando con el muelle, la libertad y el bote
mientras caían con los bronquios inflados
en el festín de los peces;
nunca atracaron al puerto
se hundieron lentamente en lo más sordo
desamparados en un silencio inmundo
con los ojos ensangrentados de recuerdos
sintiendo la doble digestión
de la esperanza y el naufragio.

Manhattan, N.Y., julio 17, 1990.

Las heridas del Hudson

Tirado sobre las piedras incomprendidas
que marginan al río Hudson
sobre esos reproches endurecidos
que han desairados las aguas,
veo pasar un cortejo silencioso y laxo,
turbios despojos de condones
que han perdido la emoción y el encanto
(la magia y el elogio de su estreno),
luego de haber sido despoblados
por los aficionados a la carnalidad;
condones que ondulan sobrios e inapetentes
sin ninguna continencia, desgovernados,
lentamente exhiben su hundimiento,
su evasión del falo,
menospreciando la gloria que contuvieron,
el esplendor del fuego derretido,
su blanco diluvio de erudición
que ostentó el triunfo más largo;
condones que sobrenadan adelgazados
en estas aguas desleales
que han vomitado los peces.

Manhattan, N.Y. agosto, 1990.

Memorias del Niágara

a Laura

Aguas capitales y turbulentas
que no callan sus nervios al que presiente
su afinidad secreta de romperse
en cada instante en cada vuelta
sangrando el epitelio de las horas;
aguas que desmontaron sus brazos
para desmoronarse en la boca del enigma
y poseídas por una combustión clandestina
derraman sus profusos bienes
ante los puntuales ojos del testigo;

aguas resueltas y desolladas
que le dejan al público su último reclamo
su atávico ronquido de embestir los escollos
su difusa y remolcada efervescencia
de vertiente y esencial vocabulario;
aguas trémulas y precipitadas
que perdieron el juicio y la conciencia
y se inundaron de intranquilas torceduras
a fuerza de evadirse y arrojarse
a la vetusta sed del precipicio;

aguas que fueron deportadas
y heredaron el divorcio y el grito
pero se prolongaron en la boda
y se enfurecieron y se desnudaron
antes de recibir el nupcial empujón;
aguas que no se salvarán del abandono
ni de la agitación ni del tajo
y a fuerza de impetuosas aventuras
se abren paso entre la sucesiva indolencia
de las piedras y los golpazos;

aguas que no se cicatrizan
por su tenaz inmigración entre las rocas
en donde dejan sus fulgurantes disputas
sus galopantes colmillos diluvianos
que se derriten desahuciados en la intemperie absoluta;
aguas atávicas y rotas
que desconfían del tatuaje de las fotos
y se escapan de los andróginos retratos
donde la eternidad filtra su tinta
tan sólo para quedarse con nosotros.

Aguas pasajeras y estentóreas
que le devuelven los aplausos al viajero
que se detiene a mirar el delictivo derrame
la demencia que resplandece y se desploma
en su desaforado y ágil caudal;
aguas gnómicas y letíficas
que se bebieron de un trago las palabras
cuyas goteras de peces lesionados
se atropellaron en la garganta del testigo
agazapado entre escombros de iluminación;

aguas indomables y elocuentes
que transforman la escritura del naufragio
en un ballet de anfibios glugluteos
por donde fluyen lívidos heliotropos
ahogados en el torneo de la fama;
aguas que prefirieron dar el salto duradero y nutricio
y echar las entrañas apasionadamente
en la ebriedad donde vagabundean los pájaros
que le arrancan al chorro ininterrumpido y ufano
los coágulos indefensos de gluglú.

Cobble Hill, N.Y., enero 11, 1992.

Oración para desaislarse

a Laura

*La verdad necesita dos orillas:
una para nuestra ida, la otra para el regreso.*

René Char

Oremos hermanos
por los que se han llenado
de piedras los bolsillos
y sus puños aún los mantienen cerrados,
por aquellos que a fuerza de no amar
no han sido amados
y se hunden pedregosos
frente a las costas del cariño.

Oremos por los que piensan
que el amor no existe
y arruinan la inocencia
con severas velocidades;
oremos
por los que se emperran
en la amargura
y dan el golpe contundente.

Oremos hermanos
por los que se descosen
y se extravían
en las descoloridas inexactitudes,
por los niños que desaparecen
y olvidan sus brevísimos zapatos
en nuestros ojos.

Oremos
por los que no serán felices
y no llegarán a ser como pensaron;

oremos
por el que huye de su propia imagen
y se convierte en un errante despojo
que lanza su clandestino corazón
al polvo de las calles.

Oremos hermanos
por los que sólo piensan en la usura
el maquillaje y el fondillo;
oremos
por los que jamás se despidieron,
porque serán devueltos algún día
con sus corazones enlutados.

Oremos
para que vivamos en una sola patria
“con todos y para el bien de todos”
sin desvalorizarnos mutuamente,
oremos
para que no exista la censura
ni la maledicencia ni el castigo
y nunca falte en las casas desayuno,
para que no haya fatales despedidas
ni ahogados clandestinos
que escandalicen las playas;
oremos hermanos
para que en un abrazo universal e infinito
cese la flotilla de las explícitas gotas
que se nos fugan del pecho,
esas balsas sagradas y caseras
en donde emigran las letras
de todo nuestro alfabeto.

Inaplazable fugitivo

La única sabiduría: no te detengas.

Reinaldo Arenas

No logró detenerte ni el Portero
ni Arturo, la estrella más brillante
ni la que se quedó ardiendo con el ángel
para que te abrieras camino en el horizonte
ni el Mar que una y otra vez te extendía
sus manos irreprochables de aguas instintivas
para que te evadieras del atolondramiento y la locura
que te causó el Desfile que todavía continúa;
no logró detenerte ni el Central
que extraía el guarapo que seguías buscando
“en el desesperado rodar hacia la muerte”
ni la Voluntad de vivir que se manifestaba en tu palabra
siempre incesante
que enronqueció con tu desbordamiento
en la desembocadura de otro exilio;
no lograron demoler tus versos ni desaguar tus mares
que almacenaron esa Necesidad de Libertad
que a todos contagiaste hasta el postrer minuto de tus
brasas.

Te escapaste por la ranura más estrecha
y quién iba a decir que cruzarías la frontera de la vida
con una derretida prisa, terriblemente solo
sin ningún salvoconducto
tal vez con algún gesto
pero sin perder “la ecuanimidad ni el ritmo”
a riesgo de que te devolvieran nuevamente

al mundo de la confabulación y el egoísmo
donde castañetean de miedo tus enemigos
que sabían jugabas tu vida a la literatura.

Te fugaste por entre las membranas del aburrimiento
tanteando el temible teclado de las Parcas
a la hora en que la desolación y el peligro son más grande
y los quebrantamientos del alma envuelven en silencio
la gloria y los escombros del siniestro
dejando sólo los funerales del humo;
nadie te vio zarpar del puerto:
te escapaste con pastillas del naufragio lapidario
nadie pudo distraerte ni tampoco ilusionarte
y saliste apurado del país de los aplausos
inalterable como el que suprime la distancia
y únicamente vislumbra la silueta a la deriva
de un cuerpo deportado.

Llegaste primero a la ausencia
allí donde la furia finaliza su industria de veneno
sin importarte mucho el arte de morir
sin agarrarte a la vida de tus amigos
porque sabías que sólo morían los demás
de esa presuntuosa enfermedad
que tienen los vivos.

Oh Reinaldo ya faltas irremediabilmente
has quemado tus naves en la arena
intentando exorcizar tus maldiciones
te ahorraste las exequias y el retorno
y ese estar desarenándote a la moda
apabullado por un silencio indescifrable
sin poder nuevamente arrojarte al peligro
erotizado por el cosmético de la muerte.

¡Cuántos murmullos se oyen en tu silencio!
¡Cuántas vanidades Antes que anochezca!

2 de enero,. Manhattan, N.Y., 1991.

VII

**EL LIBRO DE LAS
INTERFERENCIAS**

1995



Julio J. Bordas

Todo es interferencia de algo.

Roberto Juarroz

... de la sombra

*¡Muéstrame, oh Dios!, la portentosa
mano que hizo la sombra; la pizarra
oscura donde se escribe el pensamiento
humano.*

Antonio Machado

Traducir el alma es
observar la sombra:
el alma se hospeda enjuta
encima de un mudo reposo

La sombra es puntual
pusilánime y escurridiza
y el color de su piel
es idéntico al acoso.

(Toda sombra es un cuerpo
fuera de su horma
que escapa hacia el infinito).

... de las moscas

Las moscas

¿qué sarcasmo o qué gloria nos proponen
de qué vergüenza han sido desterradas?

Son dueñas del alarde,
la reminiscencia y el polvo,
letras audaces y remotas
que nunca fueron escritas,
lágrimas quemadas que renunciaron al fruto.

¿Serán bocetos de las suposiciones,
algún secreto elogio de la voluntad,
vitalidad de dioses?

Son fronterizas y golosas,
y a menudo friegan sus enjutas patas
para juzgar al individuo,
y no contentas con su reputación
exhiben su cópula con habitual arrebató.
(Las moscas son dicterios inconvencionales
que gravitan en torno a la caída).

Nueva York, 1986.

... del tiempo

No hay tiempo
solo hay infinitud y encogimiento,
rasgos de muerte que cargan nuestros cuerpos
transidos de temblorosas emboscadas;

sombras que se ahuyentan
y nos dejan el alma en el lindero
de la inspiración y la encarnadura;

el alma como una embarcación inevitable
que zarpa cada noche de algún puerto,
y se aleja de las costas y los nervios
con la nostalgia que sólo deja el humo;

no hay tiempo
los relojes todos continúan el hurto,
la distancia y las vueltas.

... de la sucesión

A mi hija Aisné

Alguien debe ir por dentro
para que no se rompa la esperanza
que envuelve la existencia;
alguien como los minerales inescrutables
está obligado a ser inédito
y atravesar la vida con taciturnos pasos
llevando a cuesta todo el ensordecimiento
para que no le atolondren los aplausos;
alguien debe ir por dentro
como la sangre que nos alimenta
con su inocente misterio;
alguien que no muera, sempiterno
que le inyecte sueños a las sombras
para que unas y otras se transmitan
el cariño.

Brooklyn, N.Y., 23 de julio, 1994.

Rafael Bordao, Ph.D. (La Habana Vieja). Poeta, escritor, editor, profesor y exiliado cubano. En octubre de 1962, le faltaba una semana para salir solo de Cuba por la Operación Pedro Pan, pero al desatarse la inquietante Crisis de Octubre, todo se paralizó y cerraron las salidas del país. Se matriculó en la Facultad de Psicología y en la de Artes y Letras de la Universidad de La Habana (1969-70), pero fue expulsado por diversionismo ideológico y borrado de los archivos del estudiantado, a petición de la Seguridad del Estado. En marzo de 1980 fue citado por la Seguridad del Estado (en Villa Marista), para ser entrevistado por un teniente que dijo llamarse, Risquel; éste lo amenazó con ir a la cárcel de 5 a 10 años, de continuar escribiendo en contra de los líderes de la revolución; de regreso a casa fue acompañado por un militar para que le entregara una novela inconclusa y otros manuscritos, esto sólo podían saberlo, por un joven escritor (supuestamente su amigo) con el que se reunía ocasionalmente, para leerse mutuamente lo que cada uno escribía. Estudió por extensión universitaria cursos de Periodismo, Historia de la Literatura, francés y Apreciación de las Artes Plásticas, entre otros. Obtuvo dos Maestrías y un Doctorado en el Teachers College - Universidad de Columbia en New York City. Su obra poética ha recibido numerosos premios nacionales e internacionales.

Es autor de los poemarios: *Proyectura; Acrobacia del abandono; El lenguaje del ausente; El libro de las interferencias; Propinas para la libertad* (Primer Premio / Premio Internacional de Poesía «Poeta en Nueva York» 1997; *Los descosidos labios del silencio* y *Los despojos del sueño / The Debris of Dreams*. Su poesía ha sido publicada en más de 60 antologías en inglés, español, francés y portugués, y en numerosas revistas literarias de Estados Unidos,

Hispanoamérica y Europa. Su libro de crítica social, *La revolución de Castro: Un aborto perfumado*, se publicó en Colombia en 1999 al cumplirse 40 años de socialismo en Cuba. En 1998 fue honrado en el Teacher's College de la Universidad de Columbia de New York, como «Homme de Lettres» (Medalla de plata y Diploma) de la Academia de Arts-Sciences-Letres de Francia, y ese mismo año fue el ganador del Premio Internacional, “Fernán Esquíó”, con sede en Galicia, España. Sus poemas han sido parcialmente traducido al inglés, francés, italiano, portugués y hebreo. Su tesis doctoral en Columbia University, *La sátira, la ironía y el carnaval literario en Leprosorio (Trilogía Poética) de Reinaldo Arenas*, fue seleccionada y publicada en el 2002 por la editorial norteamericana, The Edwin Mellen Press.

Fundó y dirigió en Nueva York las revistas literarias internacionales: *La Nuez* (1988-93) y *Sinalefa* (2002-2014). Ha ofrecido talleres de poesía y ha sido invitado a dar conferencias y a leer sus poemas en diferentes universidades, bibliotecas, y en la icónica Biblioteca del Congreso en Washington, D.C. Es miembro del PEN Club de Escritores Cubanos en el Exilio. Enseñó Español, Español Conversacional y Cultura y Literatura Hispánica en Columbia University, Saint Peter's College, Mercy College, Montclair University, y en las escuelas públicas de Nueva York, de donde se jubiló en el 2014. En la actualidad reside en el sur de la Florida. Para comunicarse con él visite: <https://rafaelbordao.com> o escríbale a su correo electrónico: edarcas@yahoo.com

ÍNDICE

Introducción a cargo de Louis Bourne 5

I. Proyectura (1986)

Distancia I 35

Distancia II 36

Distancia VII 37

Distancia VIII 38

Instrucciones para un joven poeta 39

Tanteo 40

Oda al descubrimiento 41

II. Acrobacia del abandono (1988)

Himno al follaje 45

Testimonio de un ahogado 46

Dádiva 47

Contraste 48

Pronóstico 49

Acrobacia del abandono 50

III. Ecurriduras de la soledad

(1995 / 2008 Edición bilingüe)

Ola uno 54

Ola dos 55

Ola tres 56

Ola ocho 57

Ola violeta 58

Ola negra 59

Resaca (1) 60

Resaca (2) 61

Resaca (3) 62

Uno 63
Tres 64
Siete 65

IV. El lenguaje del ausente (1998)

Días como éstos 67
Fábula de la cucaracha 68
Escombros de la noche 70
Vivisección de La Gran Manzana 71
Tres muchachas para nadie 73
Canción para el ausente 74
Letanía contra el olvido 75

V. Propinas para la libertad (1998)

Estratos del horizonte 77
Orbita de un sobreviviente 78
Instante de la lentitud 79
Dormir y despertar 80
Eutanasia contra la monotonía 81

VI. Los descosidos labios del silencio (2000)

Los descosidos labios del silencio 84
El residuo 86
El robo de la libertad 88
Corona del desterrado 90
Los ahogados del Golfo 92
Las heridas del Hudson 93
Memorias del Niágara 94
Oración para desaislarse 96
Inaplazable fugitivo 98

VII. El libro de las interferencias (1995)

de la sombra *103*

de las moscas *104*

del tiempo *105*

de la sucesión *106*

Este libro se terminó
el día 23 de marzo de 2003

editorial **BETANIA**

Apartado de Correos 50.767 Madrid 28080 España.

E-Mail: editorialbetania@gmail.com

Blog: <http://ebetania.wordpress.com>

RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2023)

Colección Betania de Poesía:

La novia de Lázaro, de Dulce María Loynaz.

Voluntad de Vivir Manifestándose y Leprosorio (Trilogía Poética), de Reinaldo Arenas.

Piranese, de Pierre Seghers. Traducción de Ana Rosa Núñez.

13 Poemas, de José Mario.

Venías, de Roberto Valero.

Un caduco calendario, La luz bajo sospecha y Érase una vez una anciana, de Pancho Vives.

Confesiones eróticas y otros hechizos, de Daína Chaviano.

Oscuridad Divina, Polvo de Ángel y Autorretrato en ojo ajeno, de Carlota Caulfield.

Hermana, Hemos llegado a Ilión, Hermana/Sister, Dos mujeres, Volver y Hemos llegado a Ilión (1ª y 2ª edición) y Amor fatal, de Magali Alabau.

Altazora acompañando a Vicente, Merla y Quemando Luces, de Maya Islas.

Delirio del desarraigo (1ª y 2ª ed.), Psicalgia/Psychalgie (1º y 2ª ed.), de Juan José Cantón y Cantón.

Noser y Sin una canción desesperada, de Mario G. Beruvides.

Los Hilos del Tapiz y La Resaca del Absurdo, de David Lago González.

Blanca Aldaba Preludia, de Lourdes Gil.

Tropel de espejos, de Iraida Iturralde.

Puntos de apoyo y Soledades, de Pablo Medina.

Hasta agotar el éxtasis, de María Victoria Reyzábal.

Señales para hallar ese extraño animal en el que habito, de Osvaldo R. Sabino.

Leyenda de una noche del Caribe, Vigil / Sor Juana Inés / Martí, Bajel último y otras obras y Calles de la tarde, de Antonio Giraudir.

Cuaderno de Antinoo, de Alberto Lauro.

Poesía desde el paraíso, Cosas sagradas y Resaca de nadas y silencios, de Orlando Fondevila.

Memoria de mí, de Orlando Rosardi.

Equivocaciones, de Gustavo Pérez Firmat.

Fiesta socrática, Versos como amigos y Los silencios del rapsoda, de Florence L. Yudin.

Hambre de pez, de Luis Marcelino Gómez.
Juan de la Cruz más cerca, *Batiburrillo* y *Canciones y Ocurrencias y más canciones*, de José Puga Martínez.
Cuerpo divinamente humano (1ª, 2ª ed.), *Vidas de Gulliver* (1ª, 2ª y 3ª ed.) *La mano del hijo pródigo*, de León de la Hoz.
Hombre familiar o *Monólogo de las Confesiones* y *Bajó lámparas festivas*, de Ismael Sombra Haber.
Mitologías, de María Elena Blanco.
Entero lugar, *Íntimo color*, *Ángeles y peces: Los mitos y el misterio*, de Laura Ymayo Tartakoff.
La Ciudad Muerta de Korad, de Oscar Hurtado.
No hay fronteras ni estoy lejos;... Se ríe de esquina peligrosa, ¿Qué porcentaje de erotismo tiene tu saliva?, *Una cruz de ceniza en el aliento*, *Que un gallo me cante para morir en colores;... Y se te morirán las manos vírgenes de mí*, *No sé si soy de agua o de tu ausencia*, *La cadena perpetua de nunca olvidarte*, *Le puse alas al mar para que viniera a verme*, *Cuando el mundo se afeita la tristeza*, *Ciudadano de un archipiélago de ternura*, *La isla que me llamaré siempre*, *Perdido en la placenta del tiempo*, *Las entrañas de la duda*, de Roberto Cazorla.
Oasis, de José Ángel Buesa.
Versos sencillos, de José Martí.
Voces que dictan y *Reinvenciones. Poesía desde el pensamiento, pensamiento desde la poesía*, de Eugenio A. Angulo.
Tantra Tanka y *Las estaciones* de Aristides Falcón Paradi.
La casa amanecida, *El invitado* y *Amadoro* de José López Sánchez-Varos (Pepe Varos).
Sombras imaginarias, *Vigilia del aliento* y *Sigo zurciendo las medias de mi hijo*, de Arminda Valdés-Ginebra.
De Dos que el amor conocen, de Pedro Flores y Lidia Machado.
Rosas sobre el cemento (*Poemario de la primera mitad del siglo*), de Carlos Pérez Casas.
Catavientos, de Lola Martínez.
País de agua, de Carlos E. Cenzano.
Desde los límites del Paraíso y *Alicia en el Catálogo de Ikea-La noche de Europa*, de José Manuel Sevilla.
En las regiones del dios Pan, de Carlos Miguel González Garrido.
La flauta del embaucador, de Eduarda Lillo Moro.
Madona, de Jaume Mesquida.
Poemas a ese otro amor, *Desencuentros*, *Símpatos*, *Sentimientos* y *Huellas*, de Víctor Monserrat.
Los vencidos, de Joaquín Ortega Parra.
El viaje de los elegidos, de Joaquín Gálvez.
Una suma de frágiles combates, de Lucía Ballester.
Lo común de las cosas, de Ricardo Riverón Rojas.
Melodías de mujer, de Joely R. Villalba.
La guadaña de oro y *Jesús, tú eres mi alegría* y *El hotel de los lunes*, de José Villacís.

Amaos los unos a los otros, de Oscar Piñera Arenas.
Numeritos y palabras, de Roberto Ferrer.
Afuera, de Camilo Venegas.
Vendedor de espejos, de Eliecer Barreto Aguilera.
Hasta el presente (Poesía casi completa) y Otro fuego a liturgia, de Alina Galliano.
Fugitiva del tiempo, de Emilia Currás.
Cuba, sirena dormida, Refranero español de décimas y Hontanar. Antología de décimas, de Evelio Domínguez.
La memoria donde ardía, de Olga Guadalupe.
Contemplación. Thoughts and Poems, de Ileana González Monserrat.
Tribunal de sombras, de Guillermo Arango.
Las palabras viajeras y Visiones de mujer con alas, de Aimée G. Bolaños
Cuba en verso: la isla entre rejas, de Ada Bezos Castilla.
Adán en el estanque, de Yoandy Cabrera.
Lenguaje de mudos, de Delfín Prats.
Vida ensombrecida, de Eugenia Muñoz.
El duende (Poemas y cuentos) y Heridas (Poemas), de Víctor Reynaldo Marrero Pérez.
Los poetas nunca pecan demasiado, de Manuel A. López.
El centeno que corta el aire, de Margarita García Alonso.
El libro de las conversiones imaginarias, de Jorge Luis Arcos.
La casa de mis abuelos (Poemas y cartas), de Castor González Madrazo.
Los poemas de Suecia / The Sweden Poems, de Oliver Welden.
Cuba: Poema mitológico, de Guillermo Rodríguez Rivera.
Los cristales que te hincan, de Lina de Feria.
El ángel o la bestia, de Tamara G. Méndez Balbuena.
El ojo de la gaviota y Los cuervos y la infamia, de Félix Anesio..
Sepia, de Ena Columbié.
Cierro mis ojos y escribo estos poemas, de Alberto Muller.
Copos en la piel, de Carlos I. Naranjo.
Rimas del alma. Observando el mundo, de Carlos M. Taracido.
Tabla de salvación, de Lilliam Moro.
Primer Labio, de María José Mures.
Homenaje a la Tierra, de Rubí Arana.
Neblina, de Salomon Montaguth.
Multiverso infinito, de Zalbidea Paniagua
Libertad y familia, de Leoncio V. Rodríguez.
Ferocidad: Los años sucios, de Luis García de la Torre.
Cartas a mi madre, de Luis Rafael.
Anti-nocturnos del Caribe, de Jorge Gabriel M. Vera.
Lo ojo de Lizzy, de Mayda Silva.
Memoria, de Laura Domingo Agüero.
Fósiles de lluvia, de Yairen Pérez Columbié
Acrobacia del abandono y El polvo del torbellino, de Rafael Bordao.

“Cuando se alcanza el dominio de un recurso artístico, lo único plausible es buscar otra meta, para que la imaginación no se anquilese en la seguridad. Rafael Bordao hace gala de esta renovación conceptual y estilística, la cual define su voz con perfiles inconfundibles. El lenguaje en su poesía se articula en configuraciones inéditas, algunas de ellas totalmente ajenas a la lógica, y sin embargo plenas de significación dentro del contexto del poema”.

Iliana Godoy

Iliana Godoy, poeta y narradora mexicana; profesora e investigadora de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Autora de numerosos poemarios y merecedora de importantes premios literarios.



9 788480 174497 >

editorial **BETANIA**

Colección BETANIA de Poesía